

Avatares de José Vasconcelos

Por Juan Antonio ROSADO Z.*

1. Oaxaca

JOSÉ VASCONCELOS ES UNA DE LAS FIGURAS más polémicas y controvertidas en la historia de la intelectualidad mexicana; tal vez más polémica de lo que fue, en su momento, el ateo del siglo XIX Ignacio Ramírez “El Nigromante”, a quien, por cierto, Vasconcelos critica y descalifica severamente.¹ Revolucionario perteneciente a la casta de los que él llamaba “hombres de deber”, a diferencia de los “hombres de placer”; educador incansable, generoso e idealista; político de convicciones; viajero, narrador, historiador, periodista y uno de los pocos pensadores mexicanos (acaso el único) que edificó todo un sistema filosófico, con su lógica, su ética, su metafísica y su estética (punto culminante de sus reflexiones), José Vasconcelos —el provocador, el buscador de la síntesis entre el pensamiento oriental y el occidental— se distingue, sin embargo, de “El Nigromante”, entre otras cosas, por su catolicismo, por una profunda religiosidad a la que llegó a subordinar algunas de sus más originales ideas, religiosidad que —como veremos— llegó a ser herética o heterodoxa, pero que al mismo tiempo fue arraigándose y acentuándose con el paso de los años.

Nacido en Oaxaca el 27 de febrero de 1882 y muerto en la ciudad de México el 30 de junio de 1959 (el mismo año de la muerte de otros

* Doctor en Letras por la Universidad Nacional Autónoma de México. Autor de los libros de ensayo: *El engaño colorido* (2003), *Bandidos, héroes y corruptos* (2001), *El Presidente y el Caudillo* (2001) y *En busca de lo absoluto* (2000), así como del libro de cuentos *Las dulzuras del limbo* (2003). Colaboró en la realización del *Diccionario de literatura mexicana Siglo XX* (2000), coordinado por Armando Pereira, y cuya segunda edición está en prensa. E-mail: <jarzmx@yahoo.com.mx>.

El presente ensayo fue escrito como “Introducción” a la *Obra completa* de Vasconcelos en DVD (Vasconcelos digital), por encargo del doctor Antonio Lorente Medina y la Fundación Larramendi, de Madrid (España).

¹ En “La filosofía en México”, apéndice de su libro *Historia del pensamiento filosófico* (1937), dice textualmente: “Toda la obra de Ramírez está hecha [...] de afirmaciones audaces y frases de efecto barato. Sus libros no tienen importancia, constan de discursos políticos y poemas; pero su influencia nefasta todavía no desaparece”. Esta actitud contrasta, por ejemplo, con la de su compañero de generación Alfonso Reyes, quien en diversas ocasiones se refiere de modo positivo a Ramírez e incluso coloca una frase de este escritor como uno de los epígrafes de *Visión de Anáhuac*, frase tomada —dicho sea de paso— del discurso titulado “En honor de don José Joaquín Fernández de Lizardi”, leído por “El Nigromante” en el Liceo Hidalgo en 1874.

dos ex miembros del célebre Ateneo de la Juventud: Alfonso Reyes y Genaro Fernández MacGregor), este polifacético hombre de acción, cuyo nombre completo fue José María Albino Vasconcelos Calderón, se caracterizó por una honradez emanada de sus propias convicciones: él concebía la ética como una *estética de la voluntad*, pues así como los ademanes nacen del cuerpo, los valores surgen del alma.

Su lugar de nacimiento, Oaxaca, uno de los estados más pobres de México aún en la actualidad, fue antaño una provincia gloriosa, una ciudad castellana cuyo legado arquitectónico es prominente y contribuyó al desarrollo económico de la República. Hay gran cantidad de evocaciones de Oaxaca en la obra de Vasconcelos, a pesar de que él no se consideraba oaxaqueño, sino norteño, y a pesar también de que conoció su tierra nativa a los veinticinco años: “Oaxaca es para mí únicamente la memoria de mis padres”, si bien al mismo tiempo— “mi temperamento sí es oaxaqueño”.²

En un texto poco conocido, publicado en la revista *Oaxaca* en junio de 1945, y no incluido en la primera edición de sus *Obras completas*.³ Vasconcelos se pregunta qué hacer para que su ciudad natal vuelva a constituirse como un dinamo de energías. Se refiere a lo que él considera los rasgos históricos del oaxaqueño: la honestidad, la tenacidad, el ingenio despierto y un provincialismo no cerrado, sino que se desborda: la “austeridad castellana” y la “tenacidad zapoteca” son las viejas cualidades que el autor de *La raza cósmica* (1925) observa en los pobladores de Oaxaca, cualidades que podrían volver a hacer de esa región un centro de primer orden en la vida nacional. “Para lograrlo —afirma Vasconcelos— es indispensable que Oaxaca vuelva a ser, como antaño, un pueblo de letrados”. Esta región, antes importante como foco de cultura y por sus fábricas de hilados, fue sufriendo un aislamiento progresivo, cuando los ferrocarriles abrieron puertas hacia el norte, lo que ha hecho de Oaxaca no sólo uno de los estados con mayor número de analfabetos, sino también con mayor pobreza en el campo. “Y sin embargo queda la raza, y ella es la única esperanza”.

Raza y educación, dos componentes que el filósofo desarrollará con profundidad a lo largo de su obra, son la esperanza, en general, de todos los pueblos latinoamericanos. Y si bien Vasconcelos sostiene

² Emmanuel Carballo, Entrevista con José Vasconcelos, en *Protagonistas de la literatura mexicana*, México, Ediciones del Ermitaño / SEP, 1986, p. 25.

³ Publicadas por Libreros Mexicanos Unidos, en su Colección *Laurel*. Cuatro tomos, 1957-1961.

que ni la ciencia ni la técnica resuelven los problemas morales. insiste en que ambas son útiles para que el ser humano pueda aprovechar los recursos y convertir su miseria en abundancia. Oaxaca, por lo demás, no necesita de doctrinas morales: las tiene de sobra en su tradición. Lo necesario es ahora “intensificar el esfuerzo de la cultura”, de la educación.

Si he iniciado este ensayo con una breve evocación de la ciudad natal de José Vasconcelos no es sólo porque el autor se consideró oaxaqueño (aunque fuera parcialmente), al grado de llegar a pretender la gubernatura del estado, sino sobre todo porque, a partir de las reflexiones anteriores, pueden trazarse algunas de las líneas fundamentales de su vida y obra, una obra a la que debe retornarse desde un punto de vista imparcial o desinteresado, pretensión que la distancia en el tiempo (y cierta distancia con la crítica precedente) ayuda a lograr. Considero, además, que con la obra y figura de Vasconcelos sólo puede ejercerse una crítica desapasionada, ya que el exceso de pasión del que —valga la redundancia— *padeció* Vasconcelos, puede cegar al crítico o al biógrafo y hacerlo caer en los extremos del odio o del amor. Un escritor como el que nos ocupa no debe ser ni odiado ni amado, sino percibido en la gama de sus contradicciones y vaivenes.

Por lo anterior, abarcar las múltiples facetas de este pensador es tarea más que imposible en un espacio como el que contamos. Algunos de los estudios más rigurosos (o simplemente conocidos) sobre el polémico filósofo, o bien se refieren con detalle y erudición a algún aspecto de su obra más difundida en términos históricos —tal es el caso del libro de Claude Fell, *Los años del águila*—⁴ o se trata de textos detractores, en los que es visible la antipatía del biógrafo por el biografado. Lo cierto es que, en buena medida, el autor de las célebres *Memorias* ha sido casi siempre leído y comentado con parcialidad o desde una óptica muy detallada, particular o subjetiva. El historiador Alfonso Taracena, por ejemplo, es un vasconcelista incondicional.⁵

⁴ México, UNAM, 1989. Este libro incluye una excelente investigación hemerográfica, aunque —por su mismo tema, la labor educativa de Vasconcelos— se restringe a los años veinte, particularmente de 1920 a 1924. Como vemos, hay todavía un gran hueco en torno a la labor vasconcelista posterior a 1929 y, concretamente, en torno a su participación en revistas de tono y contenido derechista, como *Timón* y *Todo*, que llegaron a aparecer de forma simultánea.

⁵ Véanse, por ejemplo, sus libros *Viajando con Vasconcelos* (1938), *Los vasconcelistas sacrificados en Topilejo* (1958), *José Vasconcelos* (1982) e *Historia extraoficial de la Revolución Mexicana* (1987). Taracena también recopiló las *Cartas políticas* (1924-1936) de Vasconcelos.

Resulta claro, por tanto, que aún quedan muchos huecos por llenar en torno a la vida y obra de Vasconcelos, quien sin género de dudas es uno de los forjadores de la cultura mexicana del siglo xx. Su prurito por la educación nacional es, en buena medida, heredero de Justo Sierra y de otros intelectuales del siglo xix. Vasconcelos—debemos recordarlo— fue miembro del Ateneo de la Juventud, pero también presidente del Ateneo de México, director de la Escuela Nacional Preparatoria, rector de la Universidad Nacional, primer secretario de Educación Pública, candidato opositor a la presidencia de la república en 1929 y director de la Biblioteca Nacional diez años después. Fue, asimismo, doctor *Honoris causa* de las universidades de Chile, El Salvador, Guadalajara, Guatemala, México y Puerto Rico. Este proteico escritor y “hombre sentimental” ha sido enjuiciado negativamente en más de una ocasión no sólo por sus polémicas opiniones sobre asuntos que conciernen a la cultura y a la nación en general, sino también por su actuación como director de la revista de la embajada nazi, *Timón* (1940), así como por algunos juicios de extracto nazi-fascista (dos de sus artículos de *Timón* son francamente antijudíos), o por su cada vez más extrema religiosidad, que llegará al paroxismo en su vejez. Por una u otra razón, ha sido hasta hoy imposible abarcar la vida y la extensa obra de este pensador.

En el *Ulises criollo* (1936), primer tomo de sus *Memorias*, nos habla de sus estudios en una primaria de Estados Unidos, en Eagle Pass, viviendo, no obstante, en Piedras Negras, Coahuila. Desde niño aprendió a distinguir las profundas diferencias entre ambos pueblos (el mexicano y el estadounidense). Para el historiador Álvaro Matute, tanto la conciencia de esas diferencias como los mismos pleitos a puñetazos con los niños norteamericanos por cuestiones históricas y de aquel momento forjaron la mentalidad de quien, con el transcurrir de los años, sería “uno de los más destacados propagadores del nacionalismo cultural mexicano”.⁶ En el *Ulises criollo*, Vasconcelos relata sus sueños infantiles contra el país del norte. El deseo de su padre fue “proteger” a la familia de la “yanquización”. Fue así como se mudaron a la aduana marítima de Campeche, donde transcurre la adolescencia de José, antes de viajar a la capital.

Su escepticismo ante el progreso, su creencia en la civilización y en la educación, el carácter de sus padres —Ignacio Vasconcelos Varela

⁶ Álvaro Matute, “La política educativa de José Vasconcelos”, en Fernando Solana, Raúl Cardiel Reyes y Raúl Bolaños, coordinadores, *Historia de la educación pública en México*, México, FCE/SEP, 2001, p. 169

(funcionario aduanal) y Carmen Calderón Conde—, su primer amor y los beneficios de la ciudad capital del país son otros temas en los que ahonda en el primer tomo de sus *Memorias*. Sin embargo, una de las claves de su vida la constituye su caída en la ambición. Para él, la única ocupación de un ambicioso es lo *trascendente*, y durante toda su vida trabajará para realizar esta ambición, en pos de la verdad, a la que llega a considerar —en *La tormenta* (1937)— como un “lujo de temperamentos desesperados y de naciones fuertes”, y en su *Tratado de metafísica* (1929), como la noción y la convicción de *unidad*.

2. Ateneo y juventud

FUNDADA el 3 de febrero de 1868 por un discípulo de Augusto Comte, don Gabino Barreda (1818-1881), la Escuela Nacional Preparatoria (ENP) fue el primer intento por educar a los futuros ciudadanos eliminando el monopolio de las conciencias que ejercía la Iglesia católica, sacando al país de lo que los positivistas mexicanos a imitación de la comtiana ley de los tres estados— llamaban “estado teológico”, identificado con la época en que la nación era gobernada por el clero y la milicia.⁷ Las Leyes de Reforma y todo lo que éstas implican en el desarrollo del país constituyen uno de los ejes conductores en la vida y obra de muchos alumnos de la ENP, a quienes se inculcó una educación positivista. Independientemente de su origen como filosofía, el positivismo mexicano —como bien lo señala Leopoldo Zea— fue expresión de un determinado grupo social, que Justo Sierra identificaba como burguesía.⁸ Gabino Barreda tomó el positivismo como instrumento ideológico, como el pensamiento que sirviera de base a todo acto social o político, para dirigir el futuro de los jóvenes de la burguesía mexicana. Se trataba de educar a una clase social, a la clase que dirigiría la nación del futuro. No es pertinente detenemos aquí en los enfrentamientos que tuvieron que darse con la clase conservadora. Lo importante es que el positivismo fue adaptado a nuestro país para imponer un nuevo orden.

En materia educativa, los planes de estudio de la ENP excluían prácticamente a las humanidades y se ceñían a las doctrinas científicas. Y si es cierto que esto tuvo efectos benéficos en un principio, pronto la enseñanza se anquilosó y endureció; en otras palabras, entró en franca decadencia. Uno de los primeros pensadores en percatarse de dicha

⁷ Cf. Leopoldo Zea. *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*, México, FCE, 1968, p. 49.

⁸ Cf. *ibid.*, p. 46

situación fue Justo Sierra, quien, en un discurso de 1891, apunta ya hacia el necesario equilibrio entre las ciencias y las humanidades, equilibrio que la educación debe sustentar. Para Sierra, el programa educativo debe ser un *todo orgánico* en que los estudios literarios tendrían un papel central, pues las letras “perfeccionan el instrumento supremo del pensamiento que es el idioma”.⁹

A pesar de estas buenas intenciones, las generaciones jóvenes crecían en el seno de la educación positivista, pero a la vez surgió un grupo de autodidactas que quisieron sobrepasar esta formación. Sierra —joven entre los viejos— fue el principal impulsor de la juventud. Él se había iniciado dentro del positivismo y fungió como guía destacado de la ENP. Su esfuerzo educativo, sin embargo, superó las actividades de Barreda, encaminando sutilmente la educación hacia la modernidad. Alrededor de Sierra y protegidos por éste, crecieron esos jóvenes que deseaban rebasar la educación positivista. Entre ellos se encontraba Vasconcelos, quien se había instalado en la ciudad de México en 1897 para seguir los cursos de la ENP. Por esa época muere su madre y pierde la fe, aunque después “me convencí que lo mejor era ser cristiano”.¹⁰ Posteriormente, se matricula en la Escuela Nacional de Jurisprudencia “por eliminación”, pues se sentía incapaz para la ingeniería o la medicina. Dice textualmente en el *Ulises criollo*:

Hubiera querido ser oficialmente, formalmente, un filósofo; pero dentro del nuevo régimen comtiano la filosofía estaba excluida: en su lugar figuraba, en el *currículum*, la sociología. Ni siquiera una cátedra de Historia de la Filosofía se había querido conservar. Se libraba guerra a muerte contra la Metafísica. Se toleraba apenas la Lógica y eso conforme a [Stuart] Mill, casi como un capítulo de la Fisiología.

También narra que, al margen de la cátedra, él y varios compañeros habían constituido un grupo decidido a estudiar por su cuenta a los filósofos. Antonio Caso era dueño de una gran biblioteca y ya se preparaba para su posterior obra contra el positivismo. Vasconcelos fue educado en la certidumbre de que ya no era posible elaborar nuevos sistemas filosóficos. En sus *Notas de viaje* enumerará las “plagas espirituales” en que se educó: empirismo científico, pluralismo incon-

⁹ Justo Sierra, “Organización de la enseñanza pública”. Discurso de clausura del Congreso de Instrucción, el 3 de marzo de 1891, en *Obras completas*, vol. v, México, 1984, UNAM, p. 136.

¹⁰ Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana* [n. 2], p. 41

siente, pragmatismo, filosofía literaria... Combatirá dichas plagas con un pensamiento *espiritualista* que reivindicará la metafísica y la estética.

Gracias a la insistencia de Justo Sierra, se crea, en 1905, la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes. México goza por vez primera de una Secretaría de Estado dedicada exclusivamente a la educación. Alrededor de Sierra —su fundador— crecen los futuros ateneístas, que deseaban rebasar la enseñanza positivista en pos de un espiritualismo laico que, sin embargo, no debía eliminar ni entrar en conflicto con las ciencias, sino que debía buscar el equilibrio. Lectores de Platón, Kant, Walter Pater, Nietzsche, Bergson y Boutroux,¹¹ así como de la literatura española, estos jóvenes fueron también inspirados por un libro decisivo en la historia del pensamiento latinoamericano, el *Ariel* (1900), del uruguayo José Enrique Rodó, dedicado “a la Juventud de América”, y cuya visión latinoamericanista era un elogio de la energía y la sensibilidad. No es exageración afirmar que la vocación latinoamericanista de Vasconcelos se origina, en buena medida, gracias al *Ariel*.

El 7 de enero de 1906 llega a México otro futuro ateneísta: el dominicano Pedro Henríquez Ureña, quien ya había publicado, en La Habana, sus *Ensayos críticos* (1905). Trabaja en el periódico oficialista *El imparcial*, donde permanece hasta mediados de 1907. Es la época se publica *Ariel* en Monterrey, donde gobernaba el general Bernardo Reyes, quien, a instancias de su hijo Alfonso y del mismo Henríquez Ureña, financiará la edición.

Hubo algunos sucesos que influyeron en la formación de lo que será la Sociedad de Conferencias y más tarde el Ateneo de la Juventud. En 1903 y 1904 tuvieron lugar varias conferencias tituladas “Lecturas literarias”. Se llevaron a cabo en el salón “El Generalito”, de la ENP, donde participaron autores como Jesús Urueta, Amado Nervo y Luis G. Urbina. Pero el suceso más importante de este periodo fue la fundación, por Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón, de la revista *Savia moderna* (1906). Muchos de los que luego formarán parte del Ateneo publicaron allí, aunque algunos ya lo habían hecho en sus antecesoras, la *Revista moderna* (1898-1903) y la *Revista moderna de México* (1903-1911). Plural y cosmopolita, *Savia moderna* postuló

¹¹ En una carta fechada el 18 de junio de 1918, Émile Boutroux agradece a Antonio Caso por su estudio “La filosofía francesa contemporánea”, y resalta la importancia de reintegrar en la filosofía el libre albedrío, la realidad y el valor del individuo, contratado de determinismo interior o exterior. Véase Antonio Caso, *Ensayos críticos y polémicos*, con una carta de Émile Boutroux y un prólogo de Julio Jiménez Rueda, México, Ediciones México Moderno, 1922.

en sus cinco números que “El Arte es vasto, dentro de él cabremos todos”. Se vivía el crepúsculo del modernismo y la paulatina afirmación de nuevas libertades estéticas. La redacción de este vástago de la *Revista moderna* se ubicaba en el quinto piso de un edificio en la esquina noroeste de la avenida 5 de Mayo y la calle Bolívar. Era el lugar de reunión y estudio de pintura de Diego Rivera (otro futuro ateneísta). Pronto el secretario de redacción, José María Sierra, fue retirado, y en los números 4 y 5 aparece Pedro Henríquez Ureña. En las páginas de *Savia moderna* se manifiesta un particular interés por las artes plásticas, que llevará al grupo a realizar una exposición a mediados de 1906. En una época en que tales actividades eran poco frecuentes en México, debe resaltarse la labor de estos artistas, que organizaron y auspiciaron una exposición donde por primera vez se conocieron las obras de Francisco de Torre, Rafael Ponce de León y Diego Rivera, y donde también se presentaron Saturnino Herrán y Joaquín Clausell. El animador fue Gerardo Murillo (*Dr. Atl*), recién llegado de Europa. Alfonso Reyes comentará que esta exposición, en pocos meses, provocó la efervescencia del impresionismo.

Al año siguiente de la efímera aparición de *Savia moderna*, tuvo lugar un fenómeno decisivo para la cultura mexicana: la manifestación en honor del poeta Manuel Gutiérrez Nájera y en contra del periodista Manuel Caballero. Sostiene Alfonso Reyes, en *Pasado inmediato*, que un “oscuro aficionado quiso resucitar la *Revista azul* de Gutiérrez Nájera, para atacar precisamente las libertades de la poesía que proceden de Gutiérrez Nájera. No lo consentimos”. Carlos Díaz Dufoo había cedido los derechos de *Azul* (1894-1896) —que fundara con Gutiérrez Nájera— al *antimodernista* Caballero. Así aparece la llamada “segunda época” de este órgano. Por ello, gran parte de los jóvenes intelectuales se molestan y Henríquez Ureña propone realizar una protesta literaria contra el “mercantilista” que “profanaba” el nombre del “Duque Job” y el prestigio de la antigua revista. Los jóvenes, cuyo aliado principal fue Justo Sierra, cobraron mayor fama y poder cultural. Su “Protesta literaria” se difundió en forma de volante y en algunos diarios. Hubo, por supuesto, contraprotestas, lo que hizo surgir la primera polémica literaria importante en el México del siglo xx, polémica en que se discutieron formas distintas de entender la poesía: la juventud eminentemente urbana y cosmopolita, heredera del modernismo y de un discurso público aliado a Justo Sierra, contra una serie de poetas y escritores especialmente de provincia (sobre todo de Puebla y Aguascalientes), que, como afirma Guillermo Sheridan, se levantaron

tanto contra el decadentismo y el modernismo literarios, como contra el centralismo cultural de la metrópoli.

No es casual que después de esta lucha, en el mismo 1907, el arquitecto Jesús T. Acevedo —promotor de la arquitectura nacionalista— haya fundado la Sociedad de Conferencias,¹² que dos años después se transformará en el Ateneo de la Juventud, asociación civil que le dará un viraje a la educación y sentará tanto las bases culturales del siglo xx en México como las bases literarias que cobrarán prestigio y le otorgarán un carácter universal a las letras de nuestro país: el prurito por la libertad artística, el culto del estilo y el cosmopolitismo.¹³

Para comprender la revolución educativa, debe insistirse en que los programas de la Preparatoria incluían las ciencias “exactas” pero las humanidades habían sido casi eliminadas. Será gracias a Justo Sierra y a los ateneístas que estas disciplinas se reivindicarán y cobrarán nuevos bríos. A pesar de esto, y valorando la aportación de Gabino Barreda, en 1908 se le hará una conmemoración a causa de los ataques conservadores contra la Preparatoria y su laicismo educativo. La junta organizadora —con apoyo de Sierra— estuvo constituida por algunos futuros ateneístas.

En esos momentos, la política no podía estar disociada de la cultura, y menos si pensamos en figuras como Vasconcelos, Reyes o Martín Luis Guzmán. En esa época, Guzmán tomó una postura a favor de la vicepresidencia de Ramón Corral. Al parecer, fue incluido sin su consentimiento en la Comisión de Propaganda del Club Reelectionista. Él no fue el único corralista entre los condiscípulos de Alfonso Reyes: casi todos lo eran. Julio Torri y Mariano Silva y Aceves llegaron a proclamarse partidarios del general Bernardo Reyes y, en ese sentido, eran excepciones. Es interesante el hecho de que Reyes estaba comprometido con la política quizá más de lo que lo estaría en años posteriores e incluso, con el pseudónimo de Teodoro Mallo, colaboró en el órgano *El anti-reeleccionista*, que llegó a dirigir José Vasconcelos,

¹² Algunos miembros de esta Sociedad participarán con sus conferencias en el Casino de Santa María (1907) y en el Conservatorio Nacional (1908). Vasconcelos no figura entre ellos. En 1909, la Sociedad de Conferencias ya no volvió a organizar otro ciclo debido al agitado ambiente político. A pesar de ello, Antonio Caso pronunció siete conferencias sobre el positivismo, en el salón “El Generalito”. El periódico oficialista *El imparcial* publicó el programa el 24 de junio. Según Alfonso Reyes, este acto acabó por “definir la actitud de la gente joven frente a las doctrinas oficiales”.

¹³ Para profundizar en el Ateneo de la Juventud, es imprescindible el libro *El Ateneo de la Juventud y la Revolución*, de José Rojas Garcidueñas, publicado en 1979 por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.

uno de los promotores más entusiastas de Francisco I. Madero¹⁴ y el único ateneísta que aspirará a la presidencia de la república veinte años después.

En medio de la efervescencia política, el Ateneo de la Juventud fue fundado el 28 de octubre de 1909. Lo presidió el porfirista Antonio Caso durante el primer año y Alfonso Cravioto durante el segundo. Con el fin de celebrar el centenario de la Independencia (y con el patrocinio de Justo Sierra y Ezequiel A. Chávez, secretario y subsecretario, respectivamente, de Instrucción Pública y Bellas Artes), la asociación preparó una serie de conferencias que se pronunciarían en el Salón de Actos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia a las 19 horas, sobre la obra de pensadores y literatos latinoamericanos. La de Vasconcelos, pronunciada el lunes 12 de septiembre, se tituló “Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas”. En ella rechaza el pragmatismo norteamericano y los empirismos arbitrarios, pero también el positivismo de Comte y de Spencer, que “nunca pudo contener nuestras aspiraciones”. Para Antonio Castro Leal, esta conferencia es nada menos que “el manifiesto filosófico de la generación del Ateneo de la Juventud: se entierra ahí, con un elogio fúnebre, el positivismo; se hace profesión de fe antiintelectualista; se rinde homenaje a la filosofía francesa moderna [...] se reconoce la influencia de Schopenhauer y de Nietzsche, y se rechaza el pragmatismo norteamericano”.¹⁵ Años después, en el *Ulises criollo*, Vasconcelos evocará la “batalla filosófica contra el positivismo” y señalará la doble dirección del movimiento ideológico del Ateneo: “Racionalista, idealista con Caso, antiintelectualista, voluntarista y espiritualizante en mi ánimo”. En un texto muy posterior, titulado “El secreto del Ateneo”, José Vasconcelos se refiere al grupo en estos términos:

Nunca hubo un grupo literario de tendencias más heterogéneas que el Ateneo. Bastaría con leer lo único que se publicó y se presentó como obra de grupo: las Conferencias del Ateneo, para convencerse de que cada uno de los asociados era distinto radicalmente del otro. Sin embargo, hubo un elemento común a las actividades del grupo; consistió en que, cada uno a su manera, colaboró para transformar el ambiente espiritual de la época;

¹⁴ Vasconcelos conoció a Madero gracias a un amigo común, Manuel Urquidí, quien los presentó en el despacho del primero, en la calle de Isabel la Católica, en los altos del International Bank.

¹⁵ Antonio Castro Leal, *José Vasconcelos: pensador de América*. México, UNAM, s/f. (Col. *Material de Lectura*), p. 8. Este ensayo de Castro Leal fue publicado originalmente como prólogo a las *Páginas escogidas* de Vasconcelos, México, Botas, 1940.

cada uno provocó inquietudes, provocó actividades de carácter social, en una palabra, dejó huella en su ambiente.¹⁶

En 1910 Justo Sierra crea la Escuela de Altos Estudios de México y la nueva Universidad Nacional, aunque, en rigor, sólo se fundó una junta que coordinaba las diversas facultades ya existentes y la misma Escuela de Altos Estudios, en la que ateneístas como Reyes se encargaron de diversas cátedras.

De octubre de 1911 a octubre de 1912 corresponde el tercer año del Ateneo de la Juventud. Vasconcelos se había autoexiliado a los Estados Unidos durante algunos meses, dado que simpatizaba con la causa antirreeleccionista. Al estallar la Revolución maderista, regresa a México. Más tarde, se convierte en el nuevo presidente de la Mesa Directiva del Ateneo. Señalo, de paso, que tras los arreglos de Ciudad Juárez (1911), cuando se designó un comité al que le tocó organizar el Partido Constitucional Progresista, Vasconcelos fue nombrado vicepresidente. Había ya redactado el lema para la propaganda de la campaña a la presidencia de Madero: “Sufragio efectivo y no reelección”.

El 25 de septiembre de 1912, el Ateneo de la Juventud se reorganiza con un nuevo nombre: Ateneo de México, que le dio su presidente (José Vasconcelos) porque la palabra “juventud” ya no correspondía a las edades de los socios. El objetivo principal del nuevo Ateneo fue “trabajar en pro de la cultura intelectual y artística”. Ese mismo año surge la revista *Nosotros*, que Alfonso Reyes califica como “el momento literario en México”.

Las sesiones del Ateneo concluían cada viernes, dice Vasconcelos, “en algún restaurante de lujo”. En enero y febrero de 1912 hubo perturbaciones y divisiones dentro de la asociación, debido a la visita del escritor argentino Manuel Ugarte, de ideas latinoamericanistas y antiimperialistas. El gobierno mexicano ejerció presiones y puso obstáculos, tratando de impedir que Ugarte hablara públicamente. Hubo quien aseguró que Vasconcelos actuó también contra Ugarte, pero en el *Ulises criollo* su autor insiste en que fueron los “porfiristas” quienes lo culparon. Como quiera que sea, México mantenía en esos momentos buenas relaciones con los norteamericanos. Dentro del Ateneo, incluso Nemesio García Naranjo renunció a ser socio por la conducta de la asociación hacia el escritor argentino. Una manifestación de simpatía por Ugarte fue suspendida por el gobierno. También se preparó una

¹⁶ *Todo* (México), 25 de julio de 1946.

campaña contra Vasconcelos, a quien muchos estudiantes y periodistas insultaron y censuraron. Esto propició que se ahondaran las diferencias entre Madero y el sector universitario. Madero tuvo que ser menos tolerante con este sector y terminó designando al vicepresidente Pino Suárez para que, además, presidiera la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes.¹⁷ A pesar del conflicto, Ugarte pudo pronunciar su conferencia en el Teatro Virginia Fábregas, la noche del 3 de febrero, no sin un corte de luz al comenzar. La Asociación de Periodistas y algunos estudiantes obligaron a la Compañía de Luz a reparar el corte que había hecho, según ella, “por adeudo”.

Otro acontecimiento aún más significativo tuvo lugar el 13 de diciembre de 1912, cuando los miembros del Ateneo —sobre todo aquellos que tenían más intereses políticos, como Vasconcelos, Alberto J. Pani, Alfonso Pruneda y Martín Luis Guzmán— fundaron la Universidad Popular Mexicana. Su escudo contenía una frase de Justo Sierra: “La Ciencia protege a la Patria”. Alberto J. Pani, quien fungió como subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes en el gabinete de Madero, afirma que “de los comentarios a que dio lugar la lectura de mi estudio *La instrucción rudimentaria en la República*, en una de las sesiones del Ateneo de México, surgió la idea de promover entre los jóvenes intelectuales que formaban esa prestigiada agrupación de carácter literario, una benéfica labor de extensión universitaria”.¹⁸ Pani, junto con Guzmán y Alfonso Pruneda, redactó el programa de esta institución, cuyo primer rector fue Pani, sustituido por Pruneda en 1914. Hubo también dos secretarios de la Junta de Gobierno: Martín Luis Guzmán (1912-1917) y Vicente Lombardo Toledano (1917-1922); este último miembro del llamado grupo de los Siete Sabios, discípulos de los ateneístas. En *Pasado inmediato*, Alfonso Reyes se refiere a la Universidad Popular como una escuadra volante que iba a buscar al pueblo en sus talleres y en sus centros, para llevar, a quienes no podían costearse estudios superiores ni tenían tiempo de concurrir a las escuelas, aquellos conocimientos ya indispensables que no cabían, sin embargo, en los programas de las primarias.¹⁹

¹⁷ Cf. Javier Garciadiego Dantan, “De Justo Sierra a Vasconcelos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana”, *Historia mexicana* (México. El Colegio de México), vol. 36. núm. 145 (abril-junio de 1987), p. 789.

¹⁸ Alberto J. Pani, *Mi contribución al nuevo régimen. 1910-1933*. A propósito del *Ulises criollo*, autobiografía del licenciado don José Vasconcelos, México. Editorial Cultura, 1936, p. 118. Señalo de paso que Vasconcelos altera el nombre de Pani: lo llama “Pansi” en el *Ulises criollo*. En *Mi contribución al nuevo régimen*, Pani asegura que Vasconcelos “adultera ofensivamente la verdad cada vez que alude a mí”. Asimismo, afirma que el *Ulises criollo* está “plagado de inexactitudes”, *ibid.*, pp. 191-192.

En los estatutos incorporados a la escritura constitutiva de esta institución, leemos:

La Universidad Popular Mexicana se propone fomentar y desarrollar la cultura del pueblo de México y especialmente de los gremios obreros. Esta obra se llevará a cabo por medio de conferencias aisladas, cursos, lecturas comentadas, visitas a museos y galerías de arte, excursiones a lugares históricos, arqueológicos, artísticos o pintorescos y, en general, por los medios que parezcan más adecuados al fin que se persigue.¹⁹

La Universidad fue impulsada no sólo por la prensa, sino por varias empresas, y recibió subsidios del gobierno. Fue el proyecto de más larga duración del Ateneo, ya que duró unos diez años, hasta 1922; “se hizo prescindible cuando la Universidad Nacional y la Secretaría de Educación Pública, con Vasconcelos, cumplieron con creces su compromiso de difusión cultural, y la Universidad Nacional pudo ajustarse a la nueva situación sociopolítica del país”.²¹

Entre los ateneístas había partidarios del régimen de Porfirio Díaz y opositores. Hubo también quienes luego colaboraron con Victoriano Huerta y quienes se exiliaron. Se puede afirmar que este movimiento de renovación cultural no fue homogéneo en lo tocante a las ideas políticas. Sin embargo, puede precisarse una serie de rasgos comunes que nos otorgan los propios ateneístas. Quizá el más notorio fue la inconformidad con el positivismo, ideología refutada públicamente por ellos. Vasconcelos —como ya se mencionó— habla de la “batalla filosófica” contra esta corriente. También afirma que “los literatos Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y Alfonso Cravioto imprimieron al movimiento una dirección cultista”. Al respecto, Reyes se refiere a la afición de Grecia, común a los directores del Ateneo, pero también a otros descubrimientos y redescubrimientos: España, Inglaterra, una mirada a Alemania, sin alejarse nunca de Francia. Otro rasgo común fue la preocupación por lo mexicano y lo hispanoamericano, así como la actitud de libertad, de “cultura libre”. Por su parte, Henríquez Ureña sostiene que el grupo se caracterizaba por un vivo espíritu filosófico, y Martín Luis Guzmán aclara que el Ateneo se singularizaba por la “seriedad en el trabajo y en la obra”.

Es verdad que el Ateneo pretendió reformar el presente practicando un culto al pasado: el abandono del positivismo en pro de un nuevo

¹⁹ *Pasado inmediato*, en *Obras completas*, tomo XII, México, FCE, 1960, p. 213.

²⁰ Cf. Pani, *Mi contribución al nuevo régimen* [n. 18], pp. 119-120.

²¹ Cf. Garcíadiego Dantan, “De Justo Sierra a Vasconcelos” [n. 17], p. 792.

espiritualismo, de un nuevo humanismo. No obstante, reformar el presente estambién pensar en el futuro o, mejordicho, *para* el futuro. En este sentido, puede hablarse de una “revolución cultural” para referirse a esta agrupación, pues, en efecto, fueron ellos quienes le dieron un viraje a la cultura en México. A decir de Samuel Ramos, la obra cultural de este grupo, en el que es evidente un cruce generacional, “debe entenderse como una lucha contra la desmoralización de la época porfirista. Este movimiento intelectual revolucionario se adelantaba a la revolución política que estalló en 1910”.²²

3. La tormenta y el exilio

TRAS el golpe de Estado que finalizó con la renuncia de Madero el 19 de febrero de 1913 y con su asesinato tres días después, tanto Martín Luis Guzmán como José Vasconcelos adoptaron un compromiso con la revolución constitucionalista y en contra del usurpador Huerta.

En el segundo volumen de las *Memorias* de Vasconcelos —*La tormenta*—, la patria se convierte en una entidad moribunda. El autor, además, introduce a un personaje alrededor del cual gira uno de los temas del libro: Adriana, que en la vida real fue Elena Arizmendi. El otro gran tema de este tomo son las andanzas revolucionarias. La amenaza de Victoriano Huerta, quien asegura tener en su poder pruebas para pasar por las armas a Vasconcelos, aunque también lo incita a que siga al frente de su estudio de abogado y trabaje por la patria, resulta significativa. Con ayuda de varias personas —entre ellas la del ex ateneísta Isidro Fabela—, Vasconcelos se exilia y se pone en contacto con Venustiano Carranza.

El propósito de Carranza era volver a la Constitución violada por Huerta, pero Vasconcelos, al percatarse de su personalismo, se desilusiona rápidamente del nuevo caudillo:

Me alcanzó la respuesta de Carranza en Washington, y fue una desilusión. Me mandaba mis credenciales como agente confidencial en Inglaterra; pero me acompañaba el Plan de Guadalupe. Una declaratoria insulsa por la cual se autonombaba Carranza Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Encargado del Poder Ejecutivo, todo por autoridad derivada de proclamarlo él mismo, con la firma de media docena de ignorados e ignorantes.

²² *El perfil del hombre y la cultura en México*, en *Obras completas*, I. México, UNAM, 1990, p. 135.

De Washington, Vasconcelos se traslada a Nueva York, donde mantiene relaciones estrechas con Adriana. Luego ambos se dirigen a París. Allí permanece Adriana, pero Vasconcelos regresa a México. Ataca a Francisco Villa por su incultura y su salvajismo, y a Carranza, que no sabía ejercer su autoridad moral y cuyos métodos eran “inhumanos e hipócritas”. El filósofo se percató de que la Revolución Mexicana degenera en caudillaje. Cuando Huerta es derrocado, asciende Carranza al poder en 1914. Vasconcelos es nombrado director de la Escuela Nacional Preparatoria, puesto del que pronto fue cesado. Crece su odio hacia los carrancistas cuando lo aprehenden para llevarlo a la Inspección de Policía. Lo encerraron con más de una docena de reos políticos, en su mayor parte ex huertistas. Al salir de prisión, sólo conserva un ideal: hacer efectiva la Constitución de 1857. En *La tormenta* llama a los carrancistas “carranclanes” porque dicha palabra le sonaba “a lo que eran: pura matraca y ruido en la acción, pero voraces en la hora del saqueo”.

Acaso el episodio más significativo de esta etapa fue la visita de Vasconcelos y de Martín Luis Guzmán a la Convención de Aguascalientes, que estaba libre de Villa, Zapata y Carranza. Vasconcelos, de hecho, fungió —del 7 de diciembre de 1914 al 15 de enero de 1915— como secretario de Instrucción Pública de Eulalio Gutiérrez, el presidente nombrado por la Convención, y redactó —con fecha de 29 de octubre de 1914— un estudio titulado “La Convención Militar de Aguascalientes es soberana”, estudio que se incorporó a las actas de la Asamblea y que Vasconcelos incluye en *La tormenta*.

Cuando Carranza no reconoce la Convención, Guzmán opta por Villa, personaje que retratará con maestría en los relatos que componen su célebre libro *El águila y la serpiente* (1928), que Vasconcelos —enemigo de Villa— admira desde el punto de vista literario, pero que considera falso:

El falso relato del libro de Guzmán ha servido de base a muchos que me han proclamado [...] “asociado de Villa en una época”. En ninguna época lo fui. Hubo, sí, un tiempo que admiré a Villa y le elogí su actitud bélica, cuando estaban cruzados de brazos y entregados a la intriga los otros jefes revolucionarios. Pero nunca estuve cerca siquiera de los que más tarde le formaron corte.

De hecho, fue gracias a Guzmán que Vasconcelos conoce a Villa y a Rodolfo Fierro, “el matador de hombres desarmados, que el villista Martín Luis Guzmán había de llevar a la literatura de lo macabro”, clara alusión al relato de Guzmán “La fiesta de las balas” (contenido en *El águila y la serpiente*).

En cuanto a la Convención de Aguascalientes, afirma Álvaro Matute: “Una revolución genera caudillos. En el caso de la mexicana, los nuevos caudillos trataban de suplir al viejo caudillo derrocado en 1911. La idea convencionista era buena. Sustituir al individuo-conductor por una asamblea y hacer surgir de ella un poder civil, una nueva democracia”.²³

Según Vasconcelos, no fue la Convención la que fracasó, sino “el país, que no supo apoyarnos. El bandidaje pseudorrevolucionario e indocto que hoy cree mandar conoce el botín, no la victoria”. Se trataba, en efecto, de salvar al país del caudillaje militar, de la confusión y la piratería en que, según Vasconcelos, terminó la Revolución a causa del fracaso de la Convención, fracaso del que el autor de *La tormenta* se queja también en estos términos: “No imaginábamos que tras el fracaso de Aguascalientes y de nuestro movimiento en tomo a Eulalio Gutiérrez habría de ser Washington quien designara al jefe de la nación, y no el voto de los mexicanos”. El escritor se aleja de las actividades políticas directas y se exilia en Estados Unidos.

1916 es la fecha de la publicación de su primer libro. Gracias al poeta cubano Mariano Brull, una revista de La Habana había publicado su *Pitágoras: una teoría del ritmo* en dos entregas. Poco después, Vasconcelos llega a Perú.²⁴ El 5 de julio le escribe a Martín Luis Guzmán que quizá en una semana leería una conferencia en Lima, “citándolos a todos ustedes”, es decir, a sus compañeros de generación. Guzmán y Reyes se encontraban en Madrid. Y aunque Vasconcelos tardó más de una semana, leyó en la Universidad de San Marcos, el 26 de julio, su conferencia “El movimiento intelectual contemporáneo de México”. En la parte final, el filósofo se refiere a sus compañeros del Ateneo: “Comenzaré citando a Alfonso Reyes; Euforión le llamábamos hace algunos años, porque como el hijo de Fausto y la Belleza clásica, era apto y enérgico en todo noble ejercicio del alma”. A Guzmán lo califica como “un espíritu claro y vigoroso que pronto habrá de definirse con inconfundible relieve. Divide su actividad entre el ensayo político y la crítica de los pintores”.

Vasconcelos fue un gran viajero. Sería prolijo narrar sus ires y venires. *La tormenta* concluye con algunos hechos históricos relevantes, como el asesinato de Zapata por traición de Venustiano Carranza, y el levantamiento general contra este último, a favor de Álvaro Obregón.

²³ Álvaro Matute, *La Revolución Mexicana: actores, escenarios y acciones (vida cultural y política, 1901-1929)*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1993, p. 132.

²⁴ En sus “Recuerdos de Lima”, ciudad que sólo tuvo para él “posturas de sonrisa”, Vasconcelos evoca a México, Guadalajara, Oaxaca y “¡tantas y tantas ciudades luminosas de donde estoy desterrado!”

Es en este punto donde cabe referirnos a la labor de José Vasconcelos como educador.

4. *El educador*

DESPUÉS de la caída de Carranza en Tlaxcalantongo, el 21 de mayo de 1920, y la victoria del Plan de Agua Prieta, Adolfo de la Huerta fue designado presidente sustituto. Gobernó del 1º de junio al 30 de noviembre de ese año. De la Huerta nombró a Vasconcelos jefe del Departamento Universitario y de Bellas Artes el 20 de agosto. El filósofo propugnó la federalización de la educación pública y la creación de una secretaría de Estado que se encargara de la educación y la cultura de toda la nación. Desde la rectoría, ya Vasconcelos—de hecho—actuaba como secretario de educación y planeaba la construcción de la futura Secretaría de Educación Pública (SEP).

Mientras tanto, la contienda política de la que emergerá el nuevo presidente se había suscitado entre el general Pablo González, el general Álvaro Obregón y un civil, Ignacio Bonillas. Los tres habían participado en la Revolución y esto “reforzaba más que nada el personalismo como plataforma electoral. Ninguno de los tres [...] representaba partidos que, a su vez, fueran organizaciones de intereses de grupos”,²⁵ de ahí que se hablara de “gonzalistas” y “obregonistas”.²⁶

En el tercer volumen de sus *Memorias*, *El desastre* (1938), Vasconcelos se concreta fundamentalmente a describir su papel como rector de la Universidad Nacional (1920-1921) y toca la elaboración del lema “Por mi raza hablará el espíritu” —al que me referiré más adelante— y el diseño del escudo de esta institución, lema y escudo eminentemente vasconcelianos y vigentes hasta nuestros días.²⁷ También se refiere a la creación de la nueva Secretaría de Educación Pública. No debe olvidarse que Venustiano Carranza había hecho desaparecer la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, fundada en 1905 por Justo Sierra, y la carga de la educación primaria había quedado en

²⁵ Álvaro Matute, *Historia de la Revolución Mexicana*, 8, 1917-1924. *La carrera del Caudillo*, México, El Colegio de México, 1988, p. 63.

²⁶ Ya Martín Luis Guzmán, editorialista de *El heraldo de México*, escribía en 1919 que “el personalismo engendra caudillaje”. A su vez, propuso la creación de una “convención magna” de donde surgiera un programa reconstructivo y un candidato. Tanto Obregón como González eran caudillos y, como tales, personalistas. A este respecto, véase mi libro *El Presidente y el Caudillo*, México, Coyoacán, 2001.

²⁷ En el capítulo III del libro *José Vasconcelos*, de Alfonso Taracena (México, Porrúa, 1990), puede leerse con mucha mayor amplitud y detalle todos los pormenores sobre el lema y el escudo universitarios.

poder de los municipios. Vasconcelos resucitó la secretaria de Estado encargada de la educación popular a niveles que, sin embargo, jamás existieron durante el porfiriato. En efecto, a diferencia de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes de 1905 —cuyas funciones sólo se extendían al Distrito Federal y territorios federales y no abarcaban la totalidad del país—, la SEP de 1921 tendría atribuciones en todo México. En *Indología* (1926) —libro escrito a petición de la Universidad Nacional de Puerto Rico—, Vasconcelos sostendrá que es el Estado el que debe fomentar la educación, al destinarle una considerable parte de los recursos fiscales. La SEP —acorde con la propia filosofía vasconceliana— será un intento por *coordinar* la heterogeneidad educativa del país.

En 1920, Álvaro Obregón gana las elecciones y designa a Francisco Serrano ministro de Guerra y a Adolfo de la Huerta ministro de Hacienda y Crédito Público. También ratifica a Vasconcelos en su cargo de rector de la Universidad. El escritor lleva al Congreso la propuesta de creación de la SEP. Crear esta Secretaría no fue tarea sencilla, pues se debió reformar la Constitución, reforma que, a pesar de todas las polémicas, fue aprobada en julio de 1921. En octubre quedó instalada la nueva dependencia.

Un episodio pintoresco e irrepetible fue la celebración, en septiembre de ese mismo año, del centenario de la consumación de la Independencia. Sobre este hecho, afirma Vasconcelos: “Nunca se habían conmemorado los sucesos del Plan de Iguala y la proclamación de Iturbide, ni volvieron a conmemorarse después. Aquel Centenario fue una humorada costosa. Y un comienzo de la desmoralización que sobrevino más tarde”. Como rector de la Universidad Nacional, Vasconcelos organiza el Primer Congreso Internacional de Estudiantes. México es visitado por autores consagrados, como Ramón del Valle-Inclán y José Eustasio Rivera. No lo menciona Vasconcelos, pero también vino un joven estudiante guatemalteco, que fue elegido representante de los alumnos de la Universidad de San Carlos para asistir al Congreso: Miguel Ángel Asturias, de cuya novela *El Señor Presidente* (1946) escribirá José Vasconcelos, muchos años después, elogiosas palabras.²⁸

Más adelante, ya instalada la SEP, el nuevo secretario de Educación le dijo en broma a Obregón: “Lo que este país necesita es ponerse a leer *La Ilíada*. Voy a repartir cien mil Homeros en las escuelas nacionales

²⁸ Véase José Vasconcelos, “Novela guatemalteca”, *Todo* (México), 1º de mayo de 1947.

y en las bibliotecas que vamos a instalar". Esta "broma" se convirtió en realidad. El filósofo aprovechó las prensas del gobierno para la edición de los clásicos. Se empezaron a editar no sólo Homeros, sino también a Esquilo, Eurípides, Platón, Dante, Goethe... Además de editar a los clásicos, se obsequiaron dos millones de libros de lectura para primaria, cientos de miles de textos de geografía y de historia etc. Se llevó a cabo la labor de difusión cultural más amplia y ambiciosa de nuestra historia. Además, nunca antes se había organizado una campaña contra el analfabetismo de las magnitudes que impuso Vasconcelos, quien no se olvida de sus maestros y considera a Justo Sierra como "el más ilustre de nuestros antecesores". Un ex ateneísta exiliado, Ricardo Gómez Robelo (*Rodión*, en la época del Ateneo), regresa al país para unirse a la labor educativa de Vasconcelos.

La SEP es un claro reflejo de las ambiciones vasconcelianas por educar a todo un pueblo. Y es justamente en esta época cuando —como se mencionó más arriba— una empresa como la Universidad Popular ya no tiene sentido. El secretario de Educación aplicará ciertamente todas las ideas ateneístas de extensión universitaria en esta nueva empresa. No es casual que, siendo secretario, haya nombrado a su ex compañero del Ateneo, el antipositivista Antonio Caso, nuevo rector de la Universidad Nacional, que en aquel entonces, como sabemos, aún no era autónoma. Asimismo, como lo ha señalado Claude Fell, la política cultural de Vasconcelos —cuya carrera ministerial dura menos de tres años— se halla muy vinculada con la filosofía estética que elabora durante los años anteriores a su desempeño como rector.²⁹

Vasconcelos —"caudillo cultural", para utilizar la expresión de Enrique Krauze —³⁰ le dio un impulso nunca antes visto a la pintura mural, al arte popular, a las bibliotecas y escuelas.³¹ También editó la "revista de cultura nacional" *El maestro*. Los Talleres Gráficos de la Nación, creados en 1923, se desarrollaron con gran rapidez: se publicó literatura, economía, sociología, historia del arte, traducciones

²⁹ Cf. Fell, *Los años del águila* [n. 4], p. 13.

³⁰ *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*. México, Siglo XXI, 1976.

³¹ Un estudio detallado sobre el impulso que Vasconcelos dio a las bibliotecas es el de Linda Sametz de Walerstein, *Vasconcelos. El hombre del libro. La época de oro de las bibliotecas*, México, UNAM, 1991. En cuanto a la pintura mural, como afirma Edgar Llinás, "Mediante los murales Vasconcelos quería que el mexicano pudiera ver la dignidad de su propia historia y se pudiera concebir a sí mismo como agente consciente de esa historia y no como mero objeto de ella. De ahí su afán de que se pintaran figuras mestizas". "Vasconcelos como promotor de una educación liberadora", en Álvaro Matute y Martha Donis, compilación, *José Vasconcelos: de su vida y su obra*, textos selectos de las jornadas vasconcelianas de 1982, México, UNAM, 1984, p. 177.

y versiones accesibles de obras maestras (a través de la colección *Lecturas clásicas para niños*). La poetisa chilena Gabriela Mistral fue invitada por Vasconcelos para colaborar en las *Lecturas para mujeres*. En *La tormenta*, su autor confiesa que copió de Máximo Gorki y de Lunacharski la idea de hacer ediciones baratas de los libros clásicos: he ahí una de sus labores más nobles, que se alía a su propio pensamiento.

Para Vasconcelos, el motivo principal del atraso de la América española es que nunca ha dominado una clase *mediaculta*: no basta la honradez y la valentía cuando hay incultura. Por ello, la educación debe estar en primer término. Sólo educando al pueblo, éste podrá superarse y acceder a la movilidad social. La escuela gratuita es el baluarte por excelencia de este prurito, el templo del sacerdocio magisterial. La escuela, para Vasconcelos, debe justamente otorgar el método en tanto *orden* según el cual se exponen y jerarquizan los conocimientos. En este sentido —afirma en su libro *De Robinson a Odiseo* (1935)— se enseña la ciencia por experiencia, la teoría por demostración, la ética por contagio y el arte por comunión. Tal y como lo quiso Justo Sierra, la educación debe ser *integral*.

Pero el sueño de Vasconcelos por un pueblo educado y culto llegará a su fin, en gran medida, por las ambiciones políticas de Obregón. En *El desastre*, retrata los aciertos y errores de este presidente, pero también a Plutarco Elías Calles, a quien califica como el “futuro dictador”, que en esa época abusaba de su cargo de secretario de Gobernación y quien luego del régimen obregonista se instalaría en la presidencia. Obregón aparece preocupado por el reconocimiento de los Estados Unidos, hecho que lo lleva a firmar los Tratados de Bucareli, desconocidos por De la Huerta. Aparecen también los crímenes del obregonismo para anular la oposición en el Congreso e imponer a Calles como próximo presidente. La barbarie devora a la civilización, la ambición personalista a la democracia, la incultura y vulgaridad de los gobernantes a la educación. Según Vasconcelos, Obregón creó, maliciosamente, un sucesor impopular (Calles) para poderse reelegir luego, y, en efecto, se llevó a cabo una reforma constitucional para que el presidente pueda reelegirse después de un periodo de cuatro años. Las tres cuartas partes de la cámara eran anticallistas. Hubo terror en el Congreso: diversos plagios de senadores, así como el asesinato de Field Jurado por haberse opuesto a los Tratados de Bucareli. En enero de 1924, ante este clima caótico, Vasconcelos renuncia a la Secretaría de Educación, pero casi de inmediato se arrepiente y retira la renuncia. Él se percató de la complicidad de Obregón en el asesinato de Field

Jurado. Los buenos generales fueron cayendo uno a uno. A partir de esta época de terror, propiciada por la mancuerna Obregón-Calles, y durante el resto del siglo xx, casi no se dio en México el caso de un diputado que pensara distinto del ejecutivo. Vasconcelos retrata a Obregón como un ambicioso, el único que quería a Calles. Por su parte, Plutarco Elías Calles—hombre “vulgar” que abandona totalmente la educación de los indígenas— es descrito como un presidente que *norteamericaniza* la cultura y le da dinero a la YMCA. Calles representa lo opuesto de las ambiciones espirituales de Vasconcelos. En *El desastre* se habla también de la reelección de Obregón tras el periodo de Calles, y del asesinato del primero por León Toral, comparado por el autor con Abel. Los candidatos Serrano y Gómez, bandidos y “falsos ídolos de la oposición”, son también asesinados

En cuanto a ciertas figuras culturales, Vasconcelos denuncia a Alfonso Reyes, “mi amigo del Ateneo”, como un “intelectual del callismo”.³² Otro ex ateneísta, Diego Rivera, es también denunciado en estos términos: “Diego [...] ya se había puesto a pintar en los muros de la Secretaría, arriba de las decoraciones por mí sugeridas, y rompiendo el plan general de la obra, unas alegorías en honor de Zapata y Felipe Carrillo, el mártir callista”. Del mismo modo, afirma que Rivera se convirtió pronto en el “pintor oficial del nuevo régimen, y un año o dos

³² Emmanuel Carballo cita un par de anotaciones de Reyes de esa época, en las que llega a referirse a Vasconcelos. “Reyes —dice Carballo— aparece como un servidor a ultranza del gobierno mexicano, como un intelectual apagafuegos que cree más en la pitanza fácil, ganada sin sobresaltos, que en la obligación del intelectual de decir la verdad, por más áspera que ésta sea” (*Protagonistas de la literatura mexicana* [n.2], p. 62). Por su parte, en un artículo titulado “El panamericanismo y nosotros”, contenido en el libro *¿Qué es la Revolución?* (1937), Vasconcelos alude a la Asamblea Panamericana de Buenos Aires y a otros congresos panamericanos, así como a la actitud de la opinión pública con respecto de la delegación mexicana, y continúa: “Para salvar a la Delegación, toda callista, fue menester que subiera de Río Janeiro Alfonso Reyes, a recitar un discurso insulso en el fondo, pero tejido con la sintaxis a la moda de la hora y según el gusto de los salones *snobs* de Buenos Aires”. Unos años después de que Alfonso Reyes coqueteara con el callismo, Martín Luis Guzmán también se lo reprocha en la dedicatoria del ejemplar que le envía de su novela *La sombra del Caudillo*: “Para mi querido Alfonso Reyes, cuyo nombre —de claros destellos— no merece figurar en el escalafón del bandidaje político que encabeza el traidor y asesino Plutarco Elías Calles”. El 17 de mayo de 1930, en la carta en que Reyes transcribe dicha dedicatoria, justifica —o más bien explica— su desinterés por las cuestiones políticas: “A mí no es fácil hacerme hablar de política. Es algo que no entiendo muy bien. Muy tierno, tuve, en ese sentido, sacudidas y vuelcos de alma que me han dejado mutilado”, sacudidas y vuelcos —la muerte trágica de la figura paterna y la naciente Revolución— que también sufrió Martín Luis Guzmán. Ciertamente, la obra de Reyes, a pesar de su gran erudición, está llena de silencios deliberados en torno a la política mexicana de actualidad (o “politiquería a la mexicana”, para emplear una expresión de Guzmán).

más tarde, cuando empezó a ladrarme el callismo por lo que escribía desde mi destierro, el gran Diego Rivera me retrató, en el patio posterior del edificio que había yo levantado, en posición infame, mojando la pluma en estiércol”.

Sin dudas, son loables los logros que alcanzó Vasconcelos como secretario de Educación en menos de tres años. Lejos de nadar en la corrupción y robar dinero del erario —como es costumbre en muchos de nuestros políticos—, Vasconcelos realmente deseaba sacar al país del rezago educativo, del estancamiento espiritual, y para ello el trabajo fue arduo. La ignorancia siempre fue, para él, una peste que enferma el alma de las masas. En *De Robinson a Odiseo* sostiene que gracias a la educación lo *natural* se vuelve *humano*. La mejor acción patriótica es —en consecuencia— que todo aquel que sepa leer le enseñe a quien no lo sabe. Si el fin de la educación es formar hombres capaces de bastarse a sí mismos, como afirma en su “Discurso en la Universidad con motivo de la toma de posesión como rector” (1920), es también necesario que esos hombres empleen su “energía sobrante” en hacer bien a los demás.

A pesar de lo anterior, Vasconcelos nunca se consideró maestro, ni siquiera cuando fue nombrado —por los congresos estudiantiles de Perú, Argentina, Colombia y Panamá— “Maestro de la juventud de América” en 1923. En *De Robinson a Odiseo*, donde se ocupa de los problemas del ámbito escolar, confiesa que procedió como *filósofo* cuando el destino lo llevó a educar a un pueblo. Esta actitud de distanciamiento con la palabra *maestro* la confirma en una carta fechada el 12 de febrero de 1951 y dirigida a Carlos Loret de Mola: “El título de Maestro se los agradezco, pero nunca lo he tomado en cuenta; no es mi vocación la docencia”, y se declara, simplemente, “amigo de la verdad”.³³

No obstante, Vasconcelos es autor de una teoría pedagógica en la que dos categorías (bautizadas con los nombres de dos célebres personajes de la literatura universal) entran en oposición: Robinson y Odiseo. Un buen educador no debe crear Robinsones, sino Odiseos:

Las condiciones de la edad moderna están reclamando un Odiseo, más que internacional, universal. Viajero que explora y actúa, descubre y crea, no sólo con las manos, y nunca con sólo las manos, porque ni quiere ni puede deshacerse del bagaje que le ensancha el alma, el ingenio y los tesoros de

³³ “Diario público de Emmanuel Carballo: Cinco cartas inéditas”. en *Diorama de la cultura*. Suplemento de *Excelsior* (México), domingo 21 de mayo de 1967, p. 5.

una cultura milenaria. Necesitamos un Odiseo que no parta, como Robinson, de Bacon sino mucho más allá; de Aristóteles y de Yajnavalka, el hindú legendario; de Moisés, el fundador de nuestra civilización.

Robinson, al contrario de Odiseo, está obligado por las circunstancias a construir con las manos sus propios útiles. Odiseo representa entonces la cultura del espíritu, mientras que Robinson es la cultura sajona, utilitaria, pragmática, manual, ligada al protestantismo, y que representa la “pedagogía de la acción”, encaminada a capacitar mano de obra.

El maestro, siguiendo la astucia y la inteligencia de Odiseo e inculcándola a sus alumnos, debe ser un *artista* encaminado a educar la sensibilidad mediante la *fascinación* que logre en el alumno. Sin embargo, como apunta el sociólogo Francisco Gomezjara, Vasconcelos descuida en este aspecto un elemento primordial: las clases sociales, que constituyen “un vacío difícil de llenar en la América Latina vasconcelista [...] Al no lograr ubicar su análisis dentro de una perspectiva de clase social, se ve incapaz de trascender y comprender el sustrato de la conflictiva social y política del momento”.³⁴

En cuanto a la educación estética, hay un juicio que me gustaría comentar. Declara Vasconcelos en *De Robinson a Odiseo* que

el impetu contenido en la doctrina del arte como revelación de las maneras divinas conduce a la ambición del amor absoluto. Explica la superioridad del mundo cristiano sobre el mundo pagano. Y si la enseñanza del arte no se apoya así en una metafísica absoluta, perdurará el peligro del arte como sensualidad y complacencia baja, el arte como expresión en vez del arte como superación.

El filósofo cree que el arte como revelación de lo divino es propio del cristianismo y de allí deduce la superioridad de esta religión con respecto de las llamadas religiones “paganas”. No obstante, ni las religiones “paganas” carecieron de arte como revelación de lo divino, ni este arte necesariamente (como lo pretende Vasconcelos) nos lleva a la “ambición del amor absoluto”. Aquí la pasión religiosa del filósofo mexicano se impone sobre la historia de las religiones y sobre la comprensión del fenómeno artístico precristiano: sobre la comprensión del *otro*.

A pesar de algunos juicios de esta calidad, no debe pasarse por alto que Vasconcelos es un autor para leerse “con pinzas”, como se dice coloquialmente; es decir, tomando lo positivo y discriminando las

³⁴ Francisco A. Gomezjara, “Hacia una sociología de la sociología vasconceliana”, en *José Vasconcelos: de su vida y su obra* [n. 31], p. 134.

sentencias precipitadas. Así, cuando en el mismo libro (*De Robinson a Odiseo*) afirma que “la ciencia ha de ser enseñada como lo que es: una prolongación de la artesanía, una última etapa del instinto que permite al salvaje construirse instrumentos y útiles. Pero la educación, más allá de la técnica, reanudará la labor de los siglos, que consiste en despertar en el hombre los dones sobrenaturales de su conciencia”, tal parece que el recalcitrante antipositivista del Ateneo emerge veinticinco años después... Y es que, para la pedagogía vasconceliana, el paso del objeto al ser humano está marcado por el paso de la educación científica a la educación ética. Así como la primera comprende ramas como la física y la química, la segunda comprende la historia, la antropogeografía, el derecho, la economía y la política.

5. *El bolivariista*

PROPIAMENTE, la palabra “bolivariista” califica “a quienes han hecho del ideario y pensamiento de Bolívar un plan político y una militancia integracionista”.³⁵ Crear una federación con todos los pueblos de cultura hispana ha sido siempre un ideal. Como hemos visto, el bolivariista Vasconcelos emerge desde la niñez, desde sus propias experiencias en Estados Unidos, y se reafirma con la lectura del *Ariel*. Es constante su admiración por la figura de Bolívar, a la que le dedica el guión para cine *Simón Bolívar (interpretación)* (1939).

De entre todos los miembros del Ateneo, Vasconcelos fue quien mantuvo, con mayor énfasis y compromiso (a pesar del incidente ocurrido durante la visita de Manuel Ugarte en 1912), una posición latinoamericanista o “bolivariista”, no sólo a través de su obra de carácter social —*La raza cósmica* (1925), *Indología* (1926), *Bolivariismo y monroísmo* (1934)—, sino también de su actividad política y de su constante presencia física y moral en las naciones latinoamericanas, en particular las del Cono Sur.

Consciente de que los iberoamericanos requieren de una “expresión filosófica propia”, piensa *desde y para* Iberoamérica. Su libro *Indología* es precisamente el conjunto de reflexiones sobre los orígenes, la vida y el porvenir de la raza iberoamericana. El pensador reflexiona con el objeto de que estos pueblos se eleven al nivel de la humanidad, partiendo de un pensamiento propio, que no excluya ninguna tradición precedente, sino que las asimile. Sólo así puede conquistarse la cultura y elevarla

³⁵ Horacio Cerutti Guldberg, director, *Diccionario de filosofía latinoamericana*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, 2000, p. 55.

sobre la misma civilización; sólo así Iberoamérica se reconocerá como tal, sin imitar modelos norteamericanos, porque la norteamericana fue, para Vasconcelos, una *cultura* en tiempos de Emerson y de Edgar Allan Poe, pero una “simple civilización” en la época de las máquinas de Ford. Iberoamérica no debe escatimar la civilización, pero sí ponerla al servicio de la cultura, y la cultura empieza con la educación del individuo, pues la sociedad sólo vale por lo que sirve a los individuos.

Si pedagógicamente Vasconcelos plantea la oposición *Odiseo* contra *Robinson*, sociológicamente plantea la oposición *bolivarismo* contra *monroísmo*. En ambos casos subyace la oposición *América Latina* contra *mundo sajón*. Tanto en el *Ulises criollo* como en *La raza cósmica* divide los ingenios humanos de acuerdo con la raza a la que pertenecen, a saber: cabezas empíricas, anglosajonas, que se conforman con el trabajo de hormiga de la inducción que amontona casos, y cabezas latinas, que usan los casos, los datos para formular esquemas, generalidades, conjuntos.

Nuevamente, Robinson contra Odiseo; Monroe contra Bolívar. El mito de un mundo sajón pragmático y utilitario es *reinventado* por Vasconcelos para lanzar a los latinoamericanos a la *acción*, con el fin de que —al diferenciarse del mundo sajón— reconquisten su libertad y dejen de ser neocolonias o “simios de la cultura”. La libertad empieza por liberar el pensamiento. Un nacionalismo que no olvida sus orígenes, teñido además por el pensamiento y el arte clásicos, será impulsado por Vasconcelos con el fin de que la astucia e inteligencia de Odiseo venza al utilitarismo manual de Robinson; para que el ideal bolivariano de una América Hispánica unida venza a la doctrina imperialista de Monroe.³⁶ En el “Prólogo” a su *Simón Bolívar* lleva estas ideas incluso al plano de la cultura cinematográfica: “Aparte de saturarnos de la mediocridad artística, el mal gusto de la película yanqui, apuramos

³⁶ En su artículo “El entierro del monroísmo”, contenido en *¿Qué es la Revolución?* (1937), aprueba, sin embargo y por lo menos en su teoría— la política del buen vecino: “Con buen juicio de estadista moderno, mister Roosevelt ha reemplazado el monroísmo con la política del buen vecino. Pero el entierro formal de la doctrina Monroe se consumó en Buenos Aires”. En el mismo libro, en el artículo “La política del buen vecino”, sostiene: “Canadá como socio será siempre sajona. Equilibrar corrientes opuestas es mucho más difícil que coordinar esfuerzos concurrentes. He allí por qué la política del buen vecino se estableció sola, se creó por instinto social biológico, entre los del Canadá y los de Nueva Inglaterra, en tanto que el conflicto ha tenido que ser, asimismo, inevitable entre los anglosajones y nosotros. / Pero esto mismo da un carácter noble, y heroico casi, al esfuerzo de mister Roosevelt, esfuerzo respaldado ya por no pocos hechos, el propósito de tratar a los del sur con las mismas consideraciones que se otorgan tradicionalmente a los del Canadá”.

además en ella el veneno de prejuicios y sentimientos contrarios a los intereses de nuestra personalidad, peligrosos para una raza que aspira a sacudirse vasallajes". En este "Prólogo" critica explícitamente la propaganda que deforma la historia para presentar de manera positiva los avances del monroísmo, y aprovecha también para llamar la atención de los productores de cine mexicanos, que sólo elaboran "ecos atenuados" de las películas anglosajonas e inconscientemente cooperan en esta *penetración espiritual*. Para el autor del *Ulises criollo*, el cine es un instrumento de difusión "que no es justo dejar en manos de mercaderes y de falsarios".

Si la América Hispánica debe unirse para vencer la doctrina Monroe, necesariamente debe voltear la mirada a España, pues la tradición hispánica —comenzando por la misma lengua— es lo que nos otorga unidad. En un texto que Vasconcelos dedica a la ciudad de Los Ángeles, donde encuentra todo lo que *no* ama, resalta por su hermosura e intensidad el párrafo dedicado a unas bailarinas españolas que cantaban "en la más linda de todas las lenguas, las más dulces canciones que salen de pecho humano". El cronista se lamenta de haber perdido el tiempo viviendo lejos de estas cosas. España reluce como un paraíso en medio del infierno norteamericano. La conciencia de que en España está el fundamento, la raíz auténtica, es expresada por Vasconcelos en distintos pasajes de su obra y, particularmente, en su *Breve historia de México* (1936) y en *Hernán Cortés, creador de la nacionalidad* (1941).

Ideológicamente, Vasconcelos —conocedor profundo de la historia latinoamericana— estuvo contra el liberalismo, contra Gómez Farías y, por tanto, contra Juárez, a quien asociaba con Poinsett, el norteamericano que introdujo el liberalismo y a quien Vasconcelos llega a calificar como el "primer procónsul". Al estar más a favor de Lucas Alamán (conservador), Vasconcelos sostuvo una postura contraria a la de Martín Luis Guzmán y otros ex ateneístas. En su *Indología* propone "depurar la democracia castigando al capitalismo, que, por no reconocer el límite al acaparamiento y la codicia, burla los propósitos de la democracia". Más lejos aún de los valores norteamericanos, en *La tormenta* establece que la nacionalización de la riqueza debería ser por lo menos el principio de todo programa socioeconómico en pueblos como los nuestros. Para él, la historia es un proceso que no debe darle la espalda al pasado. Uno de los grandes errores históricos de México y de otros países latinoamericanos, que se dejaron conducir por los modelos de Estados Unidos, cuyo pasado es totalmente distinto.

En cuanto a su visión de Latinoamérica, “Vasconcelos se presenta y se define a sí mismo como un *utopista*, como un mesiánico. No desea reducir la realidad a una teoría, sino por el contrario, éstas [las teorías] a las realidades vitales de Latinoamérica donde todo está por hacerse”.³⁷ El bolivarista no propugna la conservación de la división y la exclusión, sino la síntesis, tanto filosófica como racial: así lo muestra en uno de sus libros más leídos y comentados: *La raza cósmica*. En este sentido, el lema vasconceliano *Por mi raza hablará el espíritu* se refiere a una raza surgida del mestizaje: la “quinta raza”, la “raza cósmica”, la “raza síntesis”, y es Iberoamérica la cultura más propicia para que surja. Por ello, en el escudo de la Universidad Nacional —diseñado, como sabemos, por Vasconcelos— aparece el mapa de Latinoamérica con un cóndor y un águila (símbolos, respectivamente, de Sudamérica y de México).

Por otro lado, debe tomarse en cuenta que Vasconcelos cree en la raza y en el mestizaje de lo “mejor”: le confiere un papel a la sangre, a pesar de que, en *El desastre*, llegue a conferirle más importancia a la transmisión de las realidades por medio del *lenguaje* que a la transmisión de genes o herencias por medio de la “sangre”, al afirmar que el idioma “nacionaliza mejor que la sangre”. Lo importante de esta segunda postura es que a partir de ella difundió el libro castellano al incluirlo en su programa educativo. Pero lenguaje y raza son, para Vasconcelos, dos caras de la misma moneda. En *La raza cósmica* postula que “aun los mestizajes más contradictorios pueden resolverse benéficamente siempre que el factor espiritual contribuya a levantarlos”. Ese factor espiritual no es otro que la educación.

Ahora bien, sobre la raza dominante —la blanca—, Vasconcelos escribe que se trata de una raza de transición cuyo cometido es servir de *punte* entre las razas anteriores y la raza cósmica: “La civilización conquistada por los blancos, organizada por nuestra época, ha puesto las bases materiales y morales para la unión de todos los hombres en una quinta raza universal, fruto de las anteriores y superación de todo lo pasado”. En mi opinión, la tesis de que la raza blanca colocó las bases para que todas las razas se unan, al ocupar y colonizar América, es demasiado simplista. Vasconcelos establece esta tesis como si el blanco hubiera sido el primero en emprender el mestizaje a un amplio nivel, como si las “otras” razas de las que habla no se hubieran mezclado o se hubieran mezclado poco, permaneciendo en una “pureza” que, a todas luces, es ficticia.

³⁷ Gomezjara, “Hacia una sociología de la sociología vasconceliana” [n. 34], p. 126.

También en *La raza cósmica* leemos un juicio voluntaria o involuntariamente racista:

Los tipos bajos de la especie serán absorbidos por el tipo superior. De esta suerte podría redimirse, por ejemplo, el negro y, poco a poco, por extinción voluntaria, las estirpes más feas irán cediendo el paso a las más hermosas. Las razas inferiores, al educarse, se harían menos prolíficas, y los mejores especímenes irán ascendiendo en una escala de mejoramiento étnico, cuyo tipo máximo no es precisamente el blanco, sino esa nueva raza, a la que el mismo blanco tendrá que aspirar con el objeto de conquistar la síntesis. El indio, por medio del injerto en la raza afin, daría el salto de los millares de años que median de la Atlántida a nuestra época, y en unas cuantas décadas de eugenesia estética podría desaparecer el negro junto con los tipos que el libre instinto de hermosura vaya señalando como fundamentalmente recesivos e indignos, por lo mismo, de perpetuación. Se operaría en esta forma una selección por el gusto, mucho más eficaz que la brutal selección darwiniana, que sólo es válida, si acaso, para las especies inferiores, pero ya no para el hombre.

En la cita anterior hay juicios racistas cuando califica a algunos tipos de “bajos” y a otros de superiores, y cuando se refiere a las “razas inferiores”, que se harán menos prolíficas al educarse; también hay juicios estéticos: las estirpes “feas” deben extinguirse para ceder el paso a las más “hermosas”. La “eugenesia estética” hará desaparecer al indio y al negro, y el blanco, asimismo, tendrá que asimilarse para “conquistar la síntesis”. La “selección” vasconceliana es estética, “por el gusto”, y no darwiniana. No cabe duda de que, a pesar de sus buenas intenciones, la concepción de Vasconcelos rechaza la pluralidad, la heterogeneidad de las razas, en pro de lo que él llama *síntesis*, pero que —a mi juicio— no es sino un afán de uniformar a la humanidad. Una humanidad de este tipo no implica necesariamente seres “mejores” o más “hermosos”. Además, el término *eugenesia* (buen nacimiento) implica una desvaloración de lo que no se juzga como adecuado para integrar ese concepto.

Finalmente, la utopía vasconceliana se cifra en lo que él llama Universópolis: “El mundo futuro será de quien conquiste la región amazónica. Cerca del gran río se levantará Universópolis y de allí saldrán las predicaciones, las escuadras y los aviones de propaganda de buenas nuevas”. Lo que quizá le faltó a Vasconcelos —a imitación de pensadores como Moro, Bacon, Campanella y (más recientemente) Huxley (en *La isla*) o Skinner— es crear una prosa narrativo-descriptiva, *novelar* entomo a Universópolis, sociedad a la vez sintética

—pese a que Vasconcelos plantea la “eugenesia estética” como algo espontáneo— y sintetizadora.

El concepto de síntesis es, por lo demás, el eje alrededor del cual gira el pensamiento vasconceliano. La idea de síntesis, de coordinación, de organismo, recorre prácticamente toda su obra. Se debe sintetizar y *coordinar lo heterogéneo*, incluso la heterogeneidad racial. Estas ideas nos llevan necesariamente a su pensamiento filosófico, donde son desarrolladas con mayor amplitud y profundidad.

6. *El amor a Sofía*

BÁSICAMENTE, la filosofía de Vasconcelos está contenida en los libros *Pitágoras, una teoría del ritmo* (1916), *El monismo estético* (1917), *Estudios indostánicos* (1918), *La revulsión de la energía* (1924), *Tratado de metafísica* (1929), *Ética* (1931), *Estética* (1935), *Historia del pensamiento filosófico* (1937), *Manual de filosofía* (1940), *Lógica orgánica* (1945) y *Todología (filosofía de la coordinación)* (1952), titulada *Filosofía estética* en la primera edición de sus *Obras completas*.

El interés de Vasconcelos por la filosofía se remonta a su infancia, cuando le pregunta a su madre por el significado de la palabra “filósofo”, experiencia que narra en el *Ulises criollo*: “La palabra filósofo afirma— me sonaba cargada de complacencia y misterio. Yo quería ser un filósofo. ¿Cuándo llegaría a ser un filósofo?”. Durante la época del Ateneo, no faltó el “literato” precoz que le preguntara: “y tú ¿qué escribes, qué haces?”, a lo que Vasconcelos respondió simplemente: “Yo, pienso”.

Si revisamos, aunque sea en sus generalidades, el panorama filosófico occidental durante la época en que Vasconcelos produce sus libros, nos encontraremos, por un lado, con las corrientes “espiritualistas” (como Boutroux y Bergson) que, al revalorar la metafísica, responden de forma negativa al positivismo y al cientificismo a ultranza; por otro, las corrientes existencialistas (ateas o católicas), que parten de Kierkegaard, así como la figura central de Heidegger; por otro, los pensadores posnietzschianos, interesados en la antropología y prácticamente desconocidos en el México de esos años, como Georges Bataille —que se pronuncia contra el *sistema* como tal—. Roger Caillois etc. No debemos tampoco olvidar la fuerte influencia de tres pensadores —Marx, Freud y Lévi-Strauss—, que modificarán la visión del mundo durante el siglo xx. Ciertamente, este panorama —como cualquier otro— es incompleto. No se pretende anotar la pluralidad de corrientes

del pensamiento que abarca desde los positivistas hasta la llamada Escuela de Frankfurt. La idea es contemplar a Vasconcelos como un filósofo que —en más de un sentido— camina a contracorriente. Mientras la gran mayoría de los pensadores de la primera mitad del siglo renunciaron a las creencias religiosas; mientras algunos de ellos parten de la ausencia de un centro rector y de cualquier certeza metodológica, y otros de la *certeza* del ateísmo; mientras otros más, por el contrario, parten de la certeza del catolicismo, Vasconcelos —católico y “hereje”— insiste en un esteticismo que, lejos de renunciar a la metafísica, se sustenta en ella, y logra que casi ningún elemento de su sistema filosófico entre en contradicción con su catolicismo, si bien el jesuita José Sánchez Villaseñor no está de acuerdo con él en lo tocante al fuerte influjo que el neoplatónico Plotino ejerció en el oaxaqueño. El mismo Vasconcelos reconoce, en su *Ética*, que su filosofía se deriva del neoplatonismo, y señala a Plotino como el filósofo que más influencia ha ejercido en él. Sobre la cosmovisión vasconceliana, comenta Abelardo Villegas que

este pensador imagina una cosmovisión sustentada por un cristianismo peculiar teñido de platonismo, de plotinismo, de bergsonismo y aun de positivismo. Dios emana de sí la sustancia del Universo —la segrega como en Plotino— y esta sustancia, a medida que se aleja de Dios va degenerando, se va desintegrando o perdiendo a la manera teológica. Pero a este movimiento de dispersión se opone un contrario de reintegración. Ciertos hitos, ciertas estructuras básicas, reorganizan nuevamente la sustancia. El átomo reintegra la sustancia creando el plano de lo físico. La célula toma la sustancia física y la reorganiza creando el mundo de la vida. Y finalmente el hombre, que participa de la vida, convierte la sustancia fisicobiológica, en psíquica. Y la mente la espiritualiza y la envía de retorno al creador [...] al final el hombre proyecta toda la vida espiritual hacia Dios, pero la vida espiritual es eso, es conocimiento, es arte, es todas esas cuestiones que integran directamente a Dios. Esto [...] no es cristianismo absoluto, es otra cosa, pero en fin, Vasconcelos se creía cristiano, y si lo era, era un cristiano a su manera, un cristiano original.³⁸

Su idea de Dios es básicamente cristiana: un Dios como Amor en tanto que sostiene la armonía y la coordinación de las partes del *todo*. Pero el *todo* no sólo está constituido por las partes: es el conjunto de las partes y el resultado de su interacción. El ser mismo es una coordinación de elementos con una concreción y una finalidad.

³⁸ “La cosmovisión vasconceliana”, en *José Vasconcelos de su vida y obra* [n. 31], p. 89

La empresa del filósofo es, según Vasconcelos, seguir el *uno* en lo múltiple y enlazarlo al mundo. El filósofo —sostiene en su *Historia del pensamiento filosófico* (1937)— “tiene que ser un poco poeta y un mucho profeta; un hombre, además, de capacidad religiosa y no un simple concatenador de silogismos a la antigua, o de ecuaciones matemáticas, a la moderna”. Quien filosofa es un *sacerdote de la unidad de la existencia*; es el encargado de atar y reconstruir dicha síntesis. Es un “poeta con sistema” que debe abarcar los tres grandes problemas: la sensibilidad, el intelecto y la moral. Por medio de la facultad sintetizadora —la emoción— se adquiere el conocimiento trascendental. A diferencia de otros filósofos, que reducen las herramientas filosóficas a la razón, para Vasconcelos los instrumentos básicos —aclara en su *Ética*— son el conocimiento, la emoción y la fantasía (o imaginación). Esta última —dice en su *Lógica orgánica*— es la única facultad que posee la capacidad “de seguir, hasta cierto límite, la infatigable fecundidad de la creación”. En otros libros seguirá insistiendo en el concepto de síntesis, de unidad como eje rector. En la *Ética*, por ejemplo, no concibe al pensamiento únicamente como útil en la solución de problemas, sino en la capacidad para percatarnos “de la totalidad de la existencia en relación con nuestro destino”. Para el pensador que nos ocupa, lo importante de todo sistema filosófico es que logre convertir el caos de lo heterogéneo, el caos de las sensaciones y de las ideas, en una *totalidad organizada*, cosa que el intelectualismo no ha podido lograr, ya que ha obligado al ser humano a pensar en símbolos y no con la realidad que los motiva.

Pero, ¿qué es la unidad? En su *Tratado de metafísica* postula que la unidad es la combinación de todas las maneras del conocimiento (racional, sensual, emocional y trascendental), así como todas las disciplinas del saber “ligadas conforme a jerarquías y afinidades”.

En su *Filosofía estética* (o *Todología*), Vasconcelos define la filosofía en su sentido etimológico, pero propone que la “sabiduría” no es sino todo conocimiento como fruto de una “experiencia *total*”. En la realidad, hay un conjunto heterogéneo “obligado a síntesis activa”. Al ser el hombre no un simple sujeto o un pensamiento, sino, además, “señor de una conciencia que es como el mundo, al mismo tiempo un uno y un todo”, el ser humano debe coordinarse con el mundo. Si el filósofo tiene alguna utilidad, ésta es —afirma en su *Indología*— realizar la función de *unidad*. El método de la filosofía es, pues, la *síntesis*. Agustín Basave ha señalado que el sistema de Vasconcelos es justamente armonizar los distintos órdenes de conocimiento en una *síntesis*

orgánica. Al combinar todos los criterios, trata de reducir la multiplicidad a la unidad.³⁹

La filosofía vasconceliana pretende ordenar la realidad, coordinar los hechos conforme a una clara jerarquía que va del átomo—el primer triunfo de la integración de la energía— a la célula; de ésta, a la conciencia humana. Ya en su primer texto importante conocido —la *Teoría dinámica del derecho* (tesis profesional 1907)— parte de una visión científicista y a la vez filosófica; parte de la materia y de las partículas elementales —los átomos— para reflexionar en torno de una idea que siempre lo obsesionó: la energía. Al igual que Alfonso Reyes, Vasconcelos elabora una tesis profesional eminentemente teórica y reflexiva para recibirse de abogado en la Facultad de Jurisprudencia, lo que implica que ambos ateneístas se hallaban más cerca de la filosofía y de la literatura que del derecho entendido como *praxis*.

Como filósofo sensualista, que parte de las realidades concretas y de las sensaciones y no reduce todo a ideas, es decir, como antiidealista, Vasconcelos considera que el filósofo (y en general todo ser humano) tiene *a priori* estéticos: una estructura estética con la que nos enfrentamos a la realidad y coordinamos las cosas: en el alma, en el conjunto de la vida espiritual, con esos *a priori* estéticos recreamos el mundo. Esos *a priori* son la melodía, la armonía y el contrapunto. Agustín Basave, al reflexionar sobre la *Lógica orgánica*, ha dicho que allí Vasconcelos identifica el pensamiento con el *a priori*, término que se refiere al conjunto de instrumentos de que dispone la conciencia para enterarse de las cosas y así operar en ellas. Hay un *a priori* mental (o *logos*), al que le corresponde manejar conceptos; un *a priori* moral, al que le corresponde juzgar las acciones, y un *a priori* estético, que juzga y disfruta la belleza.⁴⁰

Su noción de “conocimiento”, demasiado amplia y que no excluye al reino animal, es fundamental en tanto unificadora de lo existente. Conocer es “coordinar conjuntos”. En su *Lógica orgánica* habla del conjunto de lo físico, lo orgánico y lo espiritual. Somos parte de todos ellos, y todos ellos tienen su ley, su armonía. Todo ente o sujeto que pueda captar o poseer un objeto, *conoce*, aunque no discurra. Por ello, en su *Metafísica*, considera que conocimiento no es lo mismo que pensamiento. La energía tiende a la dispersión y sus manifestaciones se disuelven en un movimiento descendente. La idea de materia como movimiento de descenso, de caída, es cristiana y bergsoniana. Para

³⁹ Cf. Agustín Basave, *La filosofía de José Vasconcelos*, México, Diana, 1973, p. 50.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 90.

Vasconcelos, la vida es entonces una reacción o movimiento contrario al descenso. El impulso vital, al contradecir la ley de la degradación de la energía, es inmaterial por esencia. Mediante el conocimiento, el hombre puede superar ese movimiento de descenso:

Gracias al conocimiento —comenta Margarita Vera Cuspinera—, lo representado en la conciencia queda fuera del alcance de la ley de la degradación de la energía y sometido a la propia de aquélla. El conocimiento es, así, uno de los factores que intervienen en la salvación del mundo; uno de los recursos para rescatar todo aquello que no alcanzó la redención de Jesucristo. El hombre, al convertir la creación en imagen y manejarla de acuerdo con las pautas del espíritu, complementa la acción del Hijo de Dios.⁴¹

Conocer, para Vasconcelos, es “coordinar existencias”, lo cual no es algo meramente racional o reducido a la racionalidad —que analiza, separa, corta— ni a las generalidades, “sino más bien a la síntesis, la unificación de lo diverso, sin mengua de su individualidad”,⁴² cosa que es imposible para la razón.

Para Vasconcelos, se pasa del instinto a la inteligencia por “salto”, que es “revulsión dinámica” que aprovecha el proceso anterior en cuanto a la energía y a la experiencia cognoscitiva. La tesis de las revulsiones es central en toda la especulación de este filósofo. Se trata de una tesis que se deriva de la ciencia, pero en la que se revelan puntos de coincidencia con el transformismo neoplatónico. En *La revulsión de la energía* se declara que la inteligencia, incapaz de explicar el proceso vital, sólo distingue y ordena; disocia y construye generalizaciones. Para Vasconcelos —insisto—, no sólo la razón, sino también la *emoción*, que abarca más que la inteligencia, debe tener un sitio de honor como instrumento de conocimiento. Gracias a la emoción se da el conocimiento completo, que supone una *síntesis* de sensación y razón. Las formas de la conciencia emotiva son el agrado y el desagrado, elementos primarios en el campo estético, así como la sensación es el elemento esencial del juicio lógico. A partir de esos elementos primarios, la estética se desarrolla según los modos del ritmo, la melodía y la armonía:

1) El ritmo: arreglo de elementos en el tiempo para lograr significados en lo espiritual.

2) La melodía: sucesión de notas heterogéneas que guardan relación creadora entre sí. Nos conduce a la emoción, que orienta el conocimiento en un sentido valorativo.

⁴¹ “El pensamiento filosófico de José Vasconcelos”, en *José Vasconcelos: de su vida y obra* [n. 31], p. 97.

⁴² *Ibid*

3) La armonía: descubre el sentido en la simultaneidad de varios sonidos.

En su *Pitágoras* habla de dos concepciones del mundo: la objetiva, analítica e intelectual, es decir, la científica, y la sintética, a la que se ha llamado “intuitiva”, pero que, para Vasconcelos, es “percepción estética de las cosas”. Si la causalidad rige a la primera concepción, es el *desinterés*, la ausencia de fin, la *ateleisis*, lo que rige a la segunda. El sentido del esteta es el equilibrio. La belleza es, por consiguiente, “composición acertada”. Se trata de organizar y disponer la realidad “según proporciones y armonía que consuman la síntesis de los heterogéneos”. La estética organiza, entonces, por composición, y no por deducción, como la lógica, ni por inducción, como la ciencia empírica. Lo estético, que nunca podrá ser un sistema cerrado como la dialéctica, consiste en una “orientación del movimiento hacia el estado de divinidad en que se realiza lo Absoluto”. La irrupción de lo sagrado se posibilita en el mundo de la representación. En el *Ulises criollo*, reitera esta idea: “La facultad estética se apodera de las cosas, les cambia su ritmo propio y les otorga orientación divina. De esta suerte, acaso somos colaboradores de lo divino en la tarea de conquistar lo finito para la gloria infinita”.

Si la filosofía de Vasconcelos es “estética” es porque trata de elaborar con lo heterogéneo *unidades* fundadas en la *síntesis* de experiencias sensibles, en la razón y en el amor; en otras palabras, una filosofía de la *coordinación*, del equilibrio, de la armonía. El filósofo debe buscar la coordinación de la desigualdad para lograr las armonías superiores de la existencia. Sólo por el camino de la estética —según Vasconcelos— puede llegarse al conocimiento total. La estética es la base de una especulación constructiva. Para él, sólo allí hay material para una filosofía completa en tanto ensayo de coordinación del universo conforme a la Unidad que lo trasciende.

Para hablar sobre las etapas de lo estético, Vasconcelos retoma y reinterpreta las categorías nietzschianas que el filósofo alemán expone en *El origen de la tragedia*, y agrega una más. Lo apolíneo es entonces la primera etapa de lo estético; constituye el arreglo de las partes que, sin salir del reposo, simulan lo espiritual que las sobrepasa. La segunda etapa es lo dionisiaco, donde impera “la inquietud de la voluntad, repartida en propósitos de ambición”. La tercera y última es lo místico, que ordena las profundidades de la conciencia, gracias al poder que se deriva de una comunicación con la “sustancia absoluta”. Lo más importante para Vasconcelos es que el hombre dirige su ser a la persona máxima: Dios. Es aquí donde filosofía y teología se dan la mano, y

emergen la metafísica y el espiritualismo ubicuo de este pensador. Nuevamente, considero pertinente retomar el lema de la Universidad Nacional: “Por mi raza hablará el Espíritu”. A firma textualmente su creador:

Usé la vaga palabra *ESPIRITU*, que en el lema significa la presencia de Dios, cuyo nombre nos prohíbe mencionar, dentro del mundo oficial, la Reforma protestante que todavía no ha sido posible desenraizar de las Constituciones del 57 y del 17. Yo sé que no hay otro espíritu válido que el Espíritu Santo; pero la palabra *SANTO* es otro de los términos vedados por el léxico oficial del mexicano. En suma, por espíritu quise indicar lo que hay en el hombre de sobrenatural, y es lo único valioso, por encima de todo estrecho humanismo.

Por medio de la ciencia no se puede llegar a lo trascendental, sino tan sólo conocer lo concreto, el mundo material. Si para Bergson, como acota Vasconcelos, razonar es objetivar, esta facultad humana posee sus límites en los objetos mismos, y nos ayuda a actuar sobre ellos, pero no tiene la capacidad de ir más allá de donde la ciencia y la técnica pueden actuar. Y si el positivismo se aplicó en una época — por lo menos en México— en que la metafísica, la moral y la religión trataban de acaparar la realidad en todas sus dimensiones, la respuesta antipositivista de los ateneístas surgió en un momento en que la tendencia inaugurada por Comte trató también de erigirse en la verdad suprema, aniquilando de los programas educativos toda manifestación de espiritualismo, toda metafísica. Vasconcelos lleva al extremo la recuperación de la metafísica, a diferencia de otros ateneístas, que nunca renunciaron a los aspectos *positivos* del positivismo, como Martín Luis Guzmán, quien afirma que de esta doctrina no toma la filosofía, pero sí “el estudio de las ciencias en la escala comtiana y la actitud varonil de la inteligencia”,⁴³ elementos que lo ayudarán a desarrollar un estilo claro, sobrio, conciso, casi cortado con precisión matemática, a diferencia del estilo pasional —a veces visceral, a veces descuidado en su ritmo y en su puntuación—, desbordado y dionisiaco de José Vasconcelos. Él mismo lo ha reconocido: “Los libros de Guzmán son correctos; los míos, incorrectos. Él trabaja el estilo, yo soy desaliñado. Los dos somos

⁴³ Martín Luis Guzmán, *Obras completas*, I, México, FCE, 1992, p. 940. En otro lugar, Guzmán insiste: “Desde mi juventud amo la claridad de pensamiento. Huyo de las formas confusas que pretenden disfrazar su vaciedad con el juego abigarrado de las palabras. Mis estudios en la Preparatoria me sirvieron mucho, en especial los de matemáticas y de otras ciencias exactas”, citado por Mario Puga: “El escritor y su tiempo: Martín Luis Guzmán”, *Revista de la Universidad* (México), núm. 4 (diciembre de 1955), pp. 18-21.

hombres de ideas”.⁴⁴ Sin embargo, son justamente las ideas las que importan, pues ellas provienen del espíritu:

Hay escritores que son propiamente *hombres de letras*, a quienes preocupa el estilo; pero hay otros, los *hombres de ideas*, que ejercen influencia sobre la sociedad, y que con estilo o sin él sienten necesidad de manifestar grandes cosas. Un amigo, en mi juventud, me dijo en una carta: “¿Por qué tú, que no sabes escribir, sueles interesar al lector a veces más que nosotros que dominamos el estilo?”. Le respondí: “Es que yo creo en Dios y ustedes no: a mí me dicta el espíritu”.⁴⁵

Como filósofo, Vasconcelos mantuvo desde el principio una serie de constantes que fue enriqueciendo a lo largo de su vida, pero sin abandonar nunca su posición en pro de un espiritualismo y de la recuperación de la metafísica como creyente cristiano, aunque a veces *herético*:

Toda la inmersión en el positivismo —dice en el *Ulises criollo*— no logró hacerme ateo. Cuando fui spenceriano, agnosticismo para mí quería decir teísmo impersonal y una especie de Dios fuerza, pero consciente infinitamente. Y sólo al meditar las páginas de *Los heterodoxos* [de Menéndez Pelayo] reconocí mi filiación. Yo no era un incrédulo, sino un hereje. Todas las religiones me parecen un aspecto de la verdad, aun siendo, fundamentalmente, cristiano y creyente.

El valor cristiano —según el autor— vino a superar al platonismo porque, aunque procede con inteligencia, va más allá de ésta, al establecer el amor a Dios sobre todas las cosas, y el amor al prójimo como a nosotros mismos. O, para decirlo en términos de Denis de Rougemont: amar al prójimo y a uno mismo constituyen un mismo acto (véase *El amor y Occidente*). En contraste con las posturas anteriores, un pensador como Georges Bataille considera —de forma negativa— que el cristianismo *redujo* lo sagrado a la idea de un Dios bueno, del Amor universal, del “Eros” platónico, de la pureza, y así *desacralizó* la violencia (por ejemplo, el sacrificio humano) y todo lo “sagrado impuro”. Jesús —a través de la metáfora de un pedazo de pan— se convierte en el único chivo expiatorio. Lo sagrado, que en las culturas precristianas ciertamente contrastaba con lo profano, pero que era mucho más amplio y abarcaba zonas consideradas después como “impuras”, se redujo considerablemente con el cristianismo. Desde entonces, en Occidente,

⁴⁴ Carballo. *Protagonistas de la literatura mexicana* [n. 2]. p. 27.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 24.

el erotismo y otras manifestaciones culturales “impuras” fueron lanzadas al mundo de lo profano y, por ende, desacralizadas y aun satanizadas. Vasconcelos, aunque llega a considerar que el cristianismo — como obra humana — se ha desviado, rescata el amor cristiano como la gran aportación de esta religión. Piensa que esta concepción del amor es sagrada, pero, además, que incluye la decisión de sacrificar lo mejor de nosotros para la gloria eterna, en provecho de algo que trascienda a la vida misma. En ese amor está comprendido el amor a la justicia, a la patria, a la belleza y a todas las cosas que ennoblecen la vida del espíritu y nos conducen al bien.

Al igual que Hilaire Belloc, Vasconcelos cree que la cristiandad es parte constitutiva del mundo occidental, sin la cual no puede entenderse Europa: Europa *es* el cristianismo. El filósofo mexicano lleva dicha concepción a sus últimas consecuencias, al proponer — tal como pensaban los misioneros y conquistadores del siglo XVI y XVII — que todos los pueblos, sin excepción, deben adoptar el cristianismo. Leemos, en el prólogo a *La raza cósmica*: “La decadencia de los pueblos asiáticos es atribuible a su aislamiento, pero también, y sin duda, en primer término, al hecho de que no han sido cristianizados. Una religión como la cristiana hizo avanzar a los indios americanos, en pocas centurias, desde el canibalismo hasta la relativa civilización”. Antropológicamente, Vasconcelos no comprende el “canibalismo” de los aztecas (ritual religioso, tal como se llegó a practicar en la antigua Grecia y en muchas otras civilizaciones tradicionales); ni ha reflexionado en las muchas aportaciones de una civilización como la hindú al mundo occidental — a través de los árabes y después de los ingleses —, como son el sistema decimal, el concepto de cero, la cirugía plástica, el ajedrez y una buena parte de la cuantística tradicional, entre otros aportes; tampoco ha pensado en la bestialidad de la inglesa Compañía de las Indias Orientales, que explotó y sembró la miseria en el subcontinente hindú durante más de tres siglos. El pasaje citado de *La raza cósmica* adolece de parcialidad, cierto fanatismo y mucha ignorancia histórica, pero nos da una idea del concepto vasconceliano de “cristiandad”, y esto a pesar de que el pensador oaxaqueño llegó a considerarse “herético”. Hoy en día, después de un siglo que nos ha descubierto al otro, a la *otredad* y que nos ha revelado la “historia criminal del cristianismo” con lujo de detalle (véase Karlheinz Deschner), es difícil (si no es que imposible) estar de acuerdo con Vasconcelos en lo concerniente al papel de la cristiandad (como institución, se entiende).

Ahora bien, el pensador mexicano no es siempre tan tajante. En el *Ulises criollo*, por ejemplo, a pesar de su catolicismo, se siente molesto

del abuso que la Iglesia hace de la amenaza y del anatema. Pero en uno de sus últimos libros, *En el ocaso de mi vida* (1957), le confiere al cristianismo un papel fundamental, donde no osa tratar a Cristo como un simple profeta o un vidente “equiparable a Buda o a Lao-Tseu”: eso sería “anular la única esperanza del mundo”. Más tajante, afirma: “mi código es el evangelio”, y en una entrevista de noviembre de 1954, reproducida en el libro al que me refiero, responde a la pregunta del periodista español Sueiro: “¿Cuál es su pensamiento?”, con estas palabras: “Yo empecé por el Padre Nuestro y después de los años, al revisar mis ideas, me encuentro de nuevo en el Padre Nuestro. Fue como un viaje perdido por el mundo de larazón”. También afirma que, si volviera a nacer, ya no sería filósofo, sino teólogo. Esta opinión la confirma a Emmanuel Carballo:

Hace ya bastantes años, el estudio de un filósofo polaco sobre Plotino me convenció que existe en éste un enorme fondo de insinceridad; lo mejor y más permanente de su mensaje es cristiano, y él se empeñó en ocultarlo. Finalmente he salido de la filosofía y ahora presumo de teólogo, pero con la salvedad de que únicamente me satisface San Pablo, porque es el dueño de la revelación. Es un formulador.⁴⁶

Años antes, en su *Historia del pensamiento filosófico*, de 1937, había declarado que una de las pocas conquistas serias de la época moderna, en relación con la antigüedad, es la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*; Declaración que poco tiene que ver con la antigüedad cristiana.

Pero más allá de su cristianismo, el mismo Vasconcelos se define como un filósofo que interpreta el universo según el “monismo fundado en la estética”. El filósofo, para él, debe llegar a la *síntesis* porque es un “servidor de la función de unidad y un sacerdote de la religión de lo Absoluto”. Acerquémonos más al pensamiento de este polígrafo mexicano.

En principio, Vasconcelos no cree en el idealismo: es un sensualista, no despoja a las cosas de su categoría de cosas para agruparlas en abstracciones. La filosofía, para él, consiste, por un lado en reproducir el todo de modo que las cosas conserven su heterogeneidad, lo que las hace ser lo que son:

Vasconcelos —afirma Abelardo Villegas— ve al mundo como obra de arte [...] en cuanto que no quiere quitar detalles, en cuanto quiere reproducir la

⁴⁶ *Ibid.*, p. 34.

unicidad de cada una de las cosas, una totalidad heterogénea y no una totalidad homogénea [...] el mundo sería este conjunto de cualidades heterogéneas coordinadas por obra de la filosofía, por eso Vasconcelos dijo que la filosofía es síntesis de heterogéneos.⁴⁷

En este sentido, si la lógica se centra en la razón, Vasconcelos llama a su lógica “orgánica” porque extiende la operación mental de la coordinación de los heterogéneos a *todo* el pensar. El pensar orgánico corresponde a una lógica de la comprensión, más que de la extensión. El que comprende puede sintetizar. En su *Lógica orgánica*, de hecho, piensa que ha trascendido el pensamiento puramente dialéctico al establecer una concepción mucho más amplia.

Al contrario de otros filósofos contemporáneos suyos, Vasconcelos no pluraliza la Verdad, sino que la busca. No es ningún producto del azar el hecho de que él sea acaso el único pensador de nuestro país que se entregó a la tarea de construir un *sistema* filosófico, amén de sus innumerables reflexiones en torno a la política, al derecho, a la economía, a la sociología y a la pedagogía. En esta ambición sistematizadora, más que en su pensamiento *per se*, es en donde radica —a mi juicio— su mérito filosófico. Para el mismo Vasconcelos, en su *Pitágoras*, los sistemas filosóficos rara vez se inventan o descubren; más bien son obra intuitiva realizada “con poder semejante al del artista”. Independientemente de la validez, de lo parcial u obsoleto que a algunos pueda parecerle su pensamiento o algún aspecto de éste, el esfuerzo de crear un todo orgánico, a semejanza de los grandes filósofos, no es nada desdeñable, sino que merece toda nuestra atención. Dentro de ese todo orgánico, el oaxaqueño llegó a considerar su *Estética* (1935) como la cúspide de su pensamiento, a la manera —sin ser un idealista— del idealismo esteticista de los románticos, particularmente de Friedrich Schiller, pero también influido por algunas corrientes místicas de la antigua India. Considero aquí necesario detenerme en la cuestión de la India, para pasar después a una breve comparación con Schiller.

Del universalismo y el espiritualismo de Vasconcelos no cabe la menor duda. No deja, por ejemplo, de sorprendernos el hecho de que un mexicano de la primera mitad del siglo xx se haya interesado (y hasta dejado influir) por la filosofía espiritualista de la antigua India (sobre todo del Vedanta), sin recurrir a los esoterismos ignaros, de moda en aquella época, sino investigando con seriedad (y con los recursos con que contaba) en una época en que, en México, prácticamente nadie se interesaba en esos asuntos y casi ningún pensador serio

⁴⁷ “La cosmovisión vasconceliana” [n. 38], pp. 86-87.

salía de la llamada tradición occidental (griegos, romanos, judíos y cristianos: Europa y Medio Oriente). Es verdad que el forjador de la Revolución de 1910, Ignacio I. Madero, escribió una serie de comentarios al *Bhagavad Gita*, cuya traducción conocía bien.⁴⁸ Sin embargo, Madero —como sabemos— era espiritista y mantuvo comunicaciones espíritas. Su interés en la India era más bien de tipo esotérico y no “científico” o humanista. Vasconcelos, en cambio, llevó por primera vez a unas sesiones de lectura con sus amigos ateneístas un doble volumen de diálogos de Yajnavalki y sermones de Buda, en una traducción al inglés de Max Müller. “El poderoso misticismo oriental —escribe en su autobiografía— nos abría senderos más altos que la ruin especulación científica. El espíritu se ensanchaba en aquella tradición ajena a la nuestra y más vasta que todo el contenido griego”. Y en un texto dedicado a la ciudad de San Francisco, en que la compara con Asia y la llama “antesala del Oriente”, habla sobre la música de la India, basándose en anotaciones que tomó de libros de la Biblioteca de Berkeley. La atracción sobre el subcontinente hindú lo acompañó durante toda su vida, en diferentes grados. En uno de sus primeros ensayos, coloca tanto a Platón⁴⁹ como a la filosofía indostánica —evidentemente, en su veta idealista— dentro de la categoría “libros que leo de pie”, es decir, aquellos que nos hacen sufrir una verdadera transfiguración, que nos arrancan de la actitud normal y nos revelan un nuevo aspecto del universo, que nos incita a movernos para llegar a contemplarlo entero. Los libros que leemos sentados, en cambio, nos apegan a la vida; sus autores —y dice Vasconcelos: “con Aristóteles a la cabeza”— nos inventan interpretaciones moderadas.

En sus *Estudios indostánicos*, Vasconcelos acepta que todo el pensamiento contemporáneo debe ir a la India en busca de las ideas esenciales elaboradas allí por grandes espíritus. Ahora bien, si es cierto que este autor se interesó y expuso la filosofía de la India en textos posteriores, como en sus ya citados *Estudios*, es necesario aclarar que dichos trabajos no son —ni con creces— fuentes para adentrarnos seriamente en una cultura tan compleja y rica como la hindú, donde no sólo hubo espiritualismo o idealismo, sino también materialismo filosófico y ateísmo.⁵⁰ Por ello, cuando Vasconcelos, en la “Introducción” a sus

⁴⁸ Véase *La Revolución espiritual de Madero* Documentos inéditos y poco conocidos, México. Gobierno del Estado de Quintana Roo, 2000, pp. 417ss.

⁴⁹ En su libro *En el ocaso de mi vida*, Vasconcelos considera a Platón como el más grande filósofo de todos los tiempos.

⁵⁰ A este respecto, recomiendo una serie de libros que han superado la visión decimonónica sobre la India; por ejemplo: Heinrich Zimmer, *Filosofías de la India*, Buenos Aires, EUDÉBA, 1965; Helmut von Glasenapp, *La filosofía de los hindúes*, trad. de

Estudios califica a la India como “el país de la filosofía religiosa”, acierta sólo parcialmente, ya que no toda la filosofía que allí se desarrolló era religiosa.

En realidad, la atracción por la India obedece, por un lado, a una inmensa curiosidad, y por otro, a un prurito de síntesis. El también ex ateneísta Genaro Fernández MacGregor, en su libro *Carátulas*, comparte el afán de síntesis del pensamiento indostánico y del cristiano en Vasconcelos con la síntesis que hizo san Pablo de la idea griega y de la cristiana. Como ya lo he dicho anteriormente, no puede hablarse de “el pensamiento” indostánico, pues hubo una pluralidad de tendencias filosóficas, incluso materialistas, no sólo dentro del hinduismo (las *dársanas* o corrientes ortodoxas), sino también dentro del budismo y el jainismo, para sólo hablar de las tradiciones más antiguas. La “síntesis” vasconceliana, en todo caso, se da entre una de las tendencias filosóficas hindúes (el Vedanta y ciertas ideas de los *Upanisads*) y el cristianismo. Sin embargo, yo no la llamaría “síntesis”. No puede haber síntesis cuando hay subordinación, y Vasconcelos —a pesar de su carácter a menudo herético— *subordina* los demás sistemas a la idea cristiana y, más concretamente, católica, aunque interpretada a su modo. Para Vasconcelos, como para hindúes y cristianos, la salvación es lo único que cuenta. Pero, mientras que para el cristianismo —en tanto religión semítica— no hay identidad sustancial entre Dios (que es personal) y el ser humano, y este último sólo puede comulgar con Dios sin confundirse con Él y, por tanto, hay una separación primigenia que se llena con la gracia divina, para el hinduismo de los *Upanisads* —por el contrario— el ser humano y Dios (que es *impersonal*) son de la misma sustancia: hay una *identidad* implicada en la frase *Tat Twam Asi* (“Tú eres eso”; es decir: tú eres Dios, tú eres parte de lo Absoluto);

Fernando Tola, Barcelona, Barral, 1977; Jean Filliozat, *Les philosophies de l'Inde*, Paris, Presses Universitaires de France, 1970; Debiprasad Chattopadhyaya, *Lokayata a study in ancient Indian materialism*, Nueva Delhi, People's Publishing House, 1978; T. M. P. Mahadevan, *Invitación a la filosofía de la India*, México, FCE, 1998; Fernando Tola y Carmen Dragonetti, *Nihilismo budista: la doctrina de la vaciedad*, México, Premia, 1990, y, de los mismos autores: *El idealismo budista: la doctrina de 'sólo la mente'*, México, Premia, 1989. Por su parte, México cuenta con uno de los más prestigiados sanscritistas a nivel mundial: Juan Miguel de Mora, de quien cito —para no ser prolijo— los siguientes libros (muchos de ellos realizados en colaboración con Marja Ludwika Jarocka). *La filosofía en la literatura sánscrita* (México, UNAM, 1968); *Rig Veda* (traducción de 126 himnos, con una introducción y análisis, México, Diana, 1971; CNCA, 1990); *La dialéctica en el Rig Veda* (México, Diana, 1978); *El último lance de Rama*, de Bhavabhuti (traducción en edición bilingüe, con una introducción sobre el teatro sánscrito, México, UNAM, 1984); *Tantrismo hindú y proteico* (México, UNAM, 1988); *Ayurveda: apuntes para una historia de la ciencia en la India antigua* (México, UNAM, 2002); *El concepto de divinidad en el hinduismo*, México, UNAM, 2003.

de ahí que para los hindúes no exista ni cielo ni infierno, sino reencarnación (el mal) y la no reencarnación (unirse con lo Absoluto). Vasconcelos parece identificarse con el *Tat Twam Asi* al considerar la salvación como esa unión con lo Absoluto, pero rechaza el concepto de *Samsara* (el ciclo de reencarnaciones), así como la salvación individual del alma. Para Vasconcelos, Jesús es el Buda Maitreya, el Misericordioso que procura la salvación de *todos* los hombres por la gracia, y no sólo de unos cuantos iluminados. La intervención de la gracia, esa entidad casi aristocrática, que elige quién ha de salvarse y quién no (quién ha de comulgar con lo Absoluto y quién ha de morir definitivamente) es notoria también en la *Estética* vasconceliana, donde, además de las categorías nietzschianas de lo apolíneo y lo dionisiaco (humanas, para Vasconcelos), el oaxaqueño agrega—como ya lo hemos visto— la de “lo místico” (con intervención de la gracia). Pienso que más que hacer una “síntesis”, el filósofo adecua y enriquece su propia visión del mundo con elementos que logran acoplarse a esa visión. Más que síntesis, lo que hace Vasconcelos es un sincretismo y, como sabemos, en todo sincretismo hay una serie de factores predominantes, que subordinan o modifican el carácter original de los otros. En este sentido, no debemos perder de vista que Vasconcelos se fundamenta en el monismo y no en el dualismo. El monismo (espiritualista) es columna vertebral en su pensamiento. Se trata de un filósofo que pretende la unidad, la intuición de lo Absoluto (no es gratuito el título de su libro *Todología*). El Vedanta, sin embargo, no hace ninguna afirmación sobre la naturaleza de la Unidad,⁵¹ mientras que Vasconcelos la identifica con el Dios cristiano.

El filósofo oaxaqueño, en efecto, solía resumir su pensamiento filosófico como “monismo estético”, un monismo universal, energético, que se torna estético. Para él, sólo existe el Espíritu, caracterizado por el ritmo. Al contrario de la fuerza que él llama “dinamismo newtoniano”, causante del movimiento físico, el “ritmo pitagórico” se origina en la voluntad. “La energía estética —afirma Vasconcelos—, que llamo pitagórica, en oposición al dinamismo newtoniano, nace en la conciencia” y asimila los fenómenos “a la inquietud de la voluntad y al afán de belleza”. En este punto, me permito una breve comparación entre el pensamiento esteticista de Vasconcelos y el de Schiller, pero antes considero necesario referirme rápidamente a Kierkegaard.

A pesar de que Vasconcelos llega a criticar a Miguel de Unamuno debido al apego o preferencia de este último por Sören Kierkegaard,

⁵¹ Cf. Ananda K. Coomaraswami, *El Vedanta y la tradición occidental*, Madrid, Siruela, 2001, p. 12.

debe anotarse la coincidencia o semejanza —en cuanto a la teoría de los tres estados— entre el danés y el mexicano. Muy someramente, Kierkegaard postula que las tres esferas o estadios en el camino de la vida son el *estético*, el *ético* y el *religioso*. No se trata de un esquema temporal ni de una fórmula rígida, ni tampoco de una división que excluye uno de los elementos, si bien es imposible vivir los tres a un mismo tiempo. Cuando el ser humano elige un modo peculiar de existencia, pueden dejarse atrás las otras etapas. En un sentido más apegado al pensamiento cristiano de Kierkegaard, se trata de estadios ascendentes: de la vida estética hasta llegar a la religiosa, pasando por la ética. Ninguna de las etapas anteriores queda desplazada por completo.⁵²

No obstante —como ya sabemos—, la esfera estética es lo primordial en el pensamiento vasconceliano y, por ello, más que con Kierkegaard, percibo un vínculo mucho más estrecho con el filósofo romántico Schiller. Por un lado, al igual que Schiller, Vasconcelos consideraba negativo el alejamiento de la política: ni uno ni el otro creen en la indiferencia hacia el bien social; por otro, los tres estados para Schiller son el *físico*, que se mueve sólo bajo el dominio de la naturaleza, el *estético*, que se desprende del primero, y el *moral*, sometido a su propia ley. El estado físico tiene su equivalente en lo que los antiguos hindúes llamaban *Artha* (materia, cosa, riqueza, bienes materiales, política, economía) y en lo que Vasconcelos denomina *estado material o guerrero*. Schiller propone el estado *estético* como el gobierno del gusto. En este estado, el hombre deja de ser mundo: coloca al mundo fuera y lo contempla.

Asimismo, ambos se preocupan por el restablecimiento de la *unidad* de lo que consideran “naturaleza humana”. Schiller llega a concluir que el impulso sensible *subordinado* al racional originaría una mera uniformidad, pero no una armonía, por lo que el hombre seguiría dividido. Para Schiller, que se fundamenta en la *Teoría de la ciencia* de Fichte, la subordinación debe ser *recíproca*. Tanto el principio sensible como el racional están “a la vez subordinados y coordinados; es decir, que se hallan en relación de acción recíproca; sin forma no hay materia, sin materia no hay forma”.⁵³ Más adelante, en su carta XIV, al referirse al *impulso de juego*, Schiller argumentará de qué modo este impulso pone en libertad al hombre, tanto física como moralmente. El *impulso de juego* reúne a los dos impulsos anteriores (el sensible y

⁵² Sobre la cuestión de las tres esferas en Kierkegaard, véase James Collins. *El pensamiento de Kierkegaard*, trad. de Elena Landázuri, México, FCE, 1958, pp. 56ss.

⁵³ Friedrich Schiller, *La educación estética del hombre*, trad. de Manuel García Morente, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1941, p. 71 n.

el racional). Sólo este impulso es capaz de introducir “forma en la materia y realidad en la forma”. Dicho impulso armoniza las sensaciones y emociones con las ideas y con la razón. El impulso de juego (comunidad entre lo formal y lo material) encierra todas las propiedades estéticas de los fenómenos (la *belleza*). El hombre sólo es *plenamente* hombre cuando juega, y sólo puede jugarse con la belleza, que concilia, junta los opuestos *sentir* y *pensar*. Éstos finalmente se suprimen, desaparecen en la *belleza*.

Para Schiller, sin embargo, el estado estético debe ser el primero. De allí, al ser humano le será más fácil pasar al estado *lógico* y *moral*: se va, pues, de la belleza a la verdad y al deber, pero sin abandonar ese *estado estético*. El hombre debe estar determinado estéticamente (*educado*).

Para Vasconcelos, la ley del gusto como norma de las relaciones humanas señala tres estados: el material o guerrero, el intelectual o político y el espiritual o estético: “Los tres estados representan un proceso que gradualmente nos va liberando del imperio de la necesidad, y poco a poco sometiendo la vida entera a las normas superiores del sentimiento y de la fantasía”. Incluso llega a afirmar: “Lo verdaderamente auténtico es un mundo regido por la imaginación”. Los objetos, pues, deben obedecer las determinaciones del pensamiento humano. En el “periodo estético” —explica Vasconcelos— “la orientación de la conducta no se buscará en la pobre razón, que explica pero no descubre; se buscará en el sentimiento creador y en la belleza que convence”, porque “en estética lo bello es lo que trasmuta la realidad físico-biológica, voluntaria, en realidad de espíritu que ya no brega, sino que existe y ya no busca fines, los disfruta”. La mente, al espiritualizar, al *ver con el espíritu*, sublima los objetos y éstos dejan de ser lo que son para ser realidades estéticas: nos los representamos de otro modo.

Schiller propugna la conservación del estado de juego, de placer, implícito en lo que él llama “estado estético” como ejercicio de la libertad —la fantasía es libre con respecto de la realidad— en que por fin es derrotado el paso (destrutivo) del tiempo. Pero el campo de la estética, como advierte Herbert Marcuse, es esencialmente *irrealista*. Los valores estéticos no pueden funcionar en la realidad sino como adorno, afición o elevación cultural: “*Vivir* con estos valores —dice Marcuse— es el privilegio del genio o la marca de los bohemios decadentes”. Por ello considero como *utópico* el planteamiento de Vasconcelos.

La filosofía vasconceliana es, en resumen, *coordinación*, y en este punto considera a Empédocles como un predecesor, en tanto que éste concibió la combinación de elementos como el secreto del ser.

Por último, recorro nuevamente a Margarita Vera Cuspinera para señalar algunas carencias o errores del Vasconcelos filósofo. Cito *in extenso*:

Se propuso conocer el mundo recurriendo a la emoción y sólo pudo disponer de la razón, de esa facultad que a su modo de ver empobrece y rompe la identidad fundamental de lo existente, pues racional es su explicación de los problemas mencionados; racionales también las categorías que manejó.

Quiso comunicar la irreductibilidad de los objetos mediante un lenguaje que diera cuenta de ellos en todos sus detalles, sin abstracciones ni fórmulas. Él, que ambicionaba enunciar a un tiempo la individualidad de cada ser y sus relaciones; que buscaba la singularidad coordinada, no pudo expresarse sino recurriendo a conceptos, es decir, a generalidades, a abstracciones.

Vasconcelos ambicionó ser un poeta que conjuntara los seres de acuerdo con su libre fantasía; pretendió trabajar como el músico, coordinando, de acuerdo con las pautas del ritmo, melodía, sinfonía y contrapunto, los heterogéneos que forman el Universo, para dar lugar a conjuntos más amplios y enriquecedores.

Sin embargo, sólo fue un filósofo, el primero que no pudo cumplir con el arquetipo diseñado; el primero que quedó por debajo de su propio modelo, mostrando así la imposibilidad de semejante proyecto de filosofar.³⁴

7. El creador literario

Nada hay más fascinante, más poderoso, más peligroso que el manejo de las palabras. El que supiera aprovechar sus secretos se convertiría en un mago. La más alta Magia no es ya otra cosa que una ciencia de palabras. Con el poder de las palabras se ha revolucionado el mundo. Las palabras hacen la guerra, restauran la paz, forjan la historia.

José Vasconcelos, *Pesimismo alegre* (1931)

COMO creador literario, Vasconcelos no cree en el arte por el arte. Se trata de un autor comprometido filosófica, social y políticamente. Sus obras de teatro, su guión cinematográfico (*Simón Bolívar*), sus cuentos... se mueven entre la denuncia, el llamado a la conciencia histórica y el eco de su propio sistema filosófico. Por ejemplo, en *Los*

³⁴ Vera Cuspinera. "El pensamiento filosófico de José Vasconcelos" [n. 41], p. 101.

robachicos (1946), obra dramática en que denuncia una lacra social, se llega a hablar de la sociedad actual como de algo mercantilizado, egoísta e *inorgánico*, y ya hemos insistido en la importancia que para este autor posee el concepto de *organización y coordinación*. El pensador, entonces, extiende su voz de filósofo, crítico y sociólogo a todos los ámbitos de la creación, que siempre es un medio para decir cosas, y no una mera complacencia formal o estilística. “¿Qué escritor que en verdad lo sea no es un político?—dice Vasconcelos a Emmanuel Carballo— El que ignora la política está perdido; igual le ocurre al que se evade de la realidad”.⁵⁵ La finalidad es, entonces, difundir sus ideas, hacer que éstas lleguen al gran público por medio del arte. Sin embargo, existe una diferencia entre el creador y quien cultiva disciplinas más “objetivas”, diferencia marcada por la *libertad*, elemento explotado por Vasconcelos de forma consciente. Así, en su ya citado “Prólogo” a *Simón Bolívar*, afirma: “Creo que, salvo el historiador o el biógrafo, tiene el autor el derecho de usar su personaje [en este caso Bolívar] como vocero de doctrinas y temas propios, siempre que ellos no resulten manifiestamente contrarios al carácter histórico o mítico elegido”, de ahí que haya subtulado a su *Simón Bolívar (interpretación)*. Y es que, para Vasconcelos, el compromiso esencial del poeta es “afirmar su fantasía creadora por encima del pormenor histórico y de la tesis consagrada”. Por ello atribuye a su personaje Bolívar juicios acerca del monroísmo que, si bien se alejan de la precisión histórica, encajan “dentro del temperamento bolivariano y lo complementan”.

En el “Prólogo” a su libro póstumo *La Flama Los de arriba en la Revolución. Historia y tragedia* (1959), se queja de una opinión que simula con indiferencia o padece la tragedia de México, país donde abundan los temas para una gran producción literaria, pero donde, sin embargo, “nuestra novela se refugia en el episodio truculento o el sentimentalismo ramplón”. De tal modo, Vasconcelos considera que “la audacia para proclamar la verdad es la función del arte. Si ella falta, se corre el riesgo de asquearse”. Tal parece que el filósofo-artista revive la vieja polémica de 1924-1925 entre la llamada “literatura viril” y la “literatura afeminada” (los Estridentistas contra los Contemporáneos), durante la cual Francisco Monterde redescubre la novela *Los de abajo* (1915-1916), de Mariano Azuela.⁵⁶ Ciertamente, Vasconcelos propug-

Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana* [n. 2], p. 21

⁵⁵ Para mayores datos sobre esta polémica, véase, de Víctor Díaz Arciniega, *Querrela por la Revolución Mexicana. Polémica 1925*, México, FCE, 1989, y también, de Armando Pereira, coordinador, “Polémica 1924-1925”, en el *Diccionario de literatura mexicana. Siglo xx*, México, UNAM, 2000 (segunda edición, en prensa, Ediciones Coyoacán / UNAM).

na una literatura que le da la cara a la realidad y a la historia, al acontecimiento. Para él, la naturaleza es sólo uno de los instrumentos de todo gran arte, que siempre trata de superarla. El arte es idealización, y florece no cuando el orgullo se hincha, sino cuando el “espíritu” sopla. El arte exige, entonces, una preparación como en el sacerdocio, ya que trata de resolver, por los caminos del amor, las contradicciones, los conflictos de la realidad, que la razón no puede resolver: he ahí, para Vasconcelos, la misión del arte, tal y como la expresa brevemente en el capítulo “Arte y alma”, de su libro *En el ocaso de mi vida*. El arte ---continúa--- “suele superar a la ciencia en aquellos temas que son de orden humano”.

Y si el arte es, para Vasconcelos, idealización, es porque de alguna manera redime la realidad. En efecto: una realidad llena de mentiras y de miseria no merece ser idealizada, no merece ser *redimida* por el arte. Resulta fraudulento o trivial idealizar una situación sucia, pero también disimularla, eludirla, ignorarla, pasarla por alto. En la creación artística, los acontecimientos ayudan al artista. Vasconcelos parece burlarse, con Mariano Azuela, de aquellos escritores que se pasan la vida “perfeccionando el idioma y acicalando el estilo para escribir solemnes boberías”.⁵⁷ Nada más lejos que este autor, para quien el estilo literario no es —insisto— sino un medio.

No obstante, el estilo de Vasconcelos —a pesar de algunos descuidos a los que ya he hecho alusión— es fundamental, pues en él encaman los temas. No es casual que en *La tormenta* llegue a confesar que su naturaleza se acomoda más al *himno* y a la *alabanza* que a la reflexión: la pasión está siempre sobre el deber, pero la pasión entendida como forma exaltada del amor. La pasión es, entonces, un rasgo de su estilo, pero de su estilo entendido, no como procedimiento, sino como temperamento. Si este hombre se llamó “filósofo” no fue tanto porque filosofara con base en raciocinios --como ya se ha mencionado, era esencialmente un sensualista—, sino porque su ambición, como él mismo lo ha declarado en su autobiografía, aspiraba a lograr la *totalidad* tanto en el pensamiento como en la emoción y en la acción. He ahí el germen de su afán sistematizador, *todológico*; he ahí también el porqué de su expresión y afición literaria: la literatura es un medio para llegar a un público mucho más amplio que el especializado.

Ahora bien, para hablar del creador es necesario referirse también, aunque sea de paso, a sus aficiones literarias. A mi juicio, bastan dos

⁵⁷ Mariano Azuela, *Cien años de novela mexicana*, en *Obras completas*, III. México, FCE, 1993. p. 600.

opiniones que considero sintomáticas: en su *Historia del pensamiento filosófico* considera a Dostoievski como el mayor profeta de los tiempos modernos, y en su *Indología* opina que Rubén Darío es el escritor más grande de Iberoamérica, pues en sus obras, sobre todo en *Cantos de vida y esperanza* —donde, como sabemos, se encuentra la célebre oda antiimperialista “A Roosevelt”, que Vasconcelos llega a citar en otros lugares—, palpita un “hálito de infinitud”.

Otra parte fundamental de su afición es el mito, en particular los mitos clásicos. Si, como dice Alfonso Reyes, la afición de Grecia es una constante en muchos de los integrantes del Ateneo de la Juventud, la reinterpretación de los mitos clásicos llegó a ser tarea de la creatividad de los ateneístas. En el Nueva York de 1916, Pedro Henríquez Ureña publica su obra dramática *El nacimiento de Dionisos*, esbozo trágico a la manera antigua; en ese mismo año, Mariano Silva y Aceves publica su comentario y traducción (del latín) del poema “Las visperas de Venus” en la revista *La nave* (se trata de la primera traducción al español de este poema); en 1924, Alfonso Reyes da a la luz, en España, una recreación del mito de Ifigenia: su célebre poema dramático *Ifigenia cruel*. José Vasconcelos no podía dejar de reinterpretar una figura clásica: por un lado, Quetzalcóatl y Odiseo, con quienes se llega a identificar (el Ulises criollo no es otro que él mismo); por otro, la figura de Prometeo. En su *Pesimismo alegre* reinterpreta a esta figura como hizo con la de Simón Bolívar, el mito latinoamericano: “Inmortal Prometeo —dice Vasconcelos—, si aun contra los dioses osó rebelarse, ¿cómo no se había de mantener en guardia contra sus propias creaciones, los sistemas sociales, las doctrinas político-económicas, las modas, las opiniones, los tiempos?”. Su *Prometeo vencedor* (1916) es —como lo ha anotado Felipe Garrido—⁵⁸ más un diálogo filosófico que una obra de creación literaria. De hecho, este texto fue escrito terapéuticamente para resistir la noticia de que su esposa estaba encinta por segunda vez. Sin embargo, la obra de este filósofo es una unidad en la que es visible un sistema de vasos comunicantes que conectan, unos con otros, preocupaciones, temas, reflexiones... Esto viene al caso porque en su *Prometeo* hay elementos comunes al cuento “El fusilado”, pero también a toda su visión esteticista.

Y creo que éste es el lugar para referirme justamente a su cuento más leído. Quizá la narración donde queda más claro el pensamiento vasconcelista de los tres estados es “El fusilado”, cuento incluido en *La*

⁵⁸ “Ulises y Prometeo: Vasconcelos y las prensas universitarias”, en *José Vasconcelos: de su vida y su obra* [n. 31].

sonata mágica (1933) que es, sin duda, uno de los mejores y más antologados relatos del filósofo oaxaqueño.³⁹ Este cuento se ubica en un contexto revolucionario, guerrero; es decir, en el “estado material”. Un hombre es fusilado y se convierte en espíritu, en intelecto puro, que goza finalmente del “estado estético”, no sin antes pasar por el “estado intelectual o político”, en que son evidentes las ideas, el privilegio de la razón, las filosofías y las teorías. En el contexto *real* en que se da la narración, el protagonista pasa por los dos primeros estados: “No me resignaba a morir —dice; pensaba en el desamparo de los míos y en tantas cosas que tenía proyectadas [...] El botín que me arrebataban; aquella hermosa, mi compañera de los días felices, ¡qué importaba!, ya la sentía yo, un poco atrás de mí, llena de aplomo, conversando con el capitán enemigo”. Este pensamiento eminentemente material, en un contexto de guerra, se desvía a otro estado, cuando el protagonista reflexiona en torno a la audacia y a las situaciones dolorosas:

Inmediatamente me entristeció pensar en lo bueno que hubiera sido dejar escrita aquella teoría; pero, reflexionando me dije que tal aflicción mía no era sino un pretexto para rehusar la muerte, pues ni aquella teoría ni la más original de las teorías se pierde porque un hombre muera; otros la pensarán, tarde o temprano, y todas ellas existen independientemente del azar de que alguien las descubra o se dedique a escribirlas.

Más adelante, el protagonista es fusilado, con lo que accede a un tercer estado: “yo no tenía ya corazón y el dolor depende de que éste, mal hecho, se tuerce con la pena; en cambio, el espíritu puro tan sólo conoce la alegría. Sin embargo, en aquellos instantes yo no estaba para problemas; me dedicaba por entero a adaptarme a mi nuevo estado; sin exageración, puedo calificarlo de delicioso”. El personaje experimenta una liberación total de las fuerzas físicas y es capaz de percibir y entender directamente la inteligencia. El final es contundente: “aquí no rigen las leyes corrientes, sino la ley estética, la ley de la más elevada fantasía”. En su *Estética*, leemos que la materia aspira a transformarse en sustancia como espíritu: he ahí lo que, literariamente, ocurre en “El fusilado”. La estética es un proceso espiritual que va más allá de lo biológico, de la materia.

La sonata mágica contiene otros cuentos no menos interesantes. “Topilejo” se refiere, por supuesto, a la matanza de vasconcelistas.

³⁹ “El fusilado” fue publicado primero en *Divagaciones literarias* (1919) y luego en *La sonata mágica* (Madrid, 1933). Luis Leal lo antologará en *Cuentos de la Revolución*, México, UNAM, 1976 (*Biblioteca del estudiante universitario*).

Dos presos —un mexicano y un italiano— dialogan al inicio del relato. Será el italiano quien azarosamente se salve, y quien presencie los acontecimientos. No es necesario profundizar en el carácter de denuncia contra un gobierno antidemocrático. Otros cuentos vinculados con la denuncia son “El gallo giro” y “Es mejor fondearlos”, mientras que en otros se traslucen sus ideas estéticas y musicales de una forma más evidente; tal es el caso, por ejemplo, de “La redención por la música” (muy ensayístico), “La sonata mágica” y “La girándula y el trompo”. En el primer texto, se llega a comparar la música con una dinámica que “multiplica nuestras potencias”, y se afirma que este arte va más allá de la imaginación: “Lo que en la imaginación es mero panorama, la música nos lo vuelve emoción, y la emoción es ya lo real por excelencia y la antesala de lo divino”, idea que, de otra forma, plasma también en su *Estética*, donde considera que “la música es la ley del espíritu en su ascensión a lo absoluto”. El problema de la inspiración, de la creación, de la contemplación estética y del éxtasis artístico son claros en los otros dos cuentos. Pero ahí no termina el Vasconcelos cuentista: el amor, el viaje, la educación, el exilio... son también temas que recorren *La sonata mágica*, libro impulsado por un prurito esteticista que no escatima la sustancia, la profundidad, y que se vincula con el resto de la obra —periodística y filosófica— de este autor. En este sentido, el libro completo pasa también por los tres estados por los que pasa el fusilado, y podrían quizá agruparse los relatos de acuerdo con cada uno de ellos.

Como autor de prosa poética, basta leer, además de algunos bellos textos de *La sonata mágica*, sus *Visiones californianas*, pasajes de *Recuerdos de Lima* y de sus *Memorias* para percatarnos de la excelsitud rítmica que supo imprimir a la prosa descriptiva, sin abandonar nunca la narración.

Por otro lado, mucho se ha hablado de sus *Memorias* como de novelas (dos de ellas, al menos, el *Ulises criollo* y *La tormenta*, como “novelas de la Revolución”). Las narraciones son literarias y, por tanto, se dejan leer como si se trataran de novelas. En el último tomo, *El proconsulado* (1939), el autor aclara que se le ocurrió escribirlas en París, al concluir su *Ética*, con el fin de darse un descanso y contemplar todo con mejor perspectiva. Deseaba escribir novela y “¿Cuál mejor que la de las propias andanzas y pasiones?”.

A pesar de que la autobiografía en cuatro volúmenes de Vasconcelos pretenda ser también una biografía del México de aquella época, que va del porfiriato al callismo, el también ex ateneísta Alberto J. Pani le responderá con *Mi contribución al nuevo régimen, 1910-1933*

(1936), donde le reprocha algunas inexactitudes, sobre todo cuando se refiere a él (con el nombre de Pansi).

Quisiera concluir esta parte con una cuestión de suma importancia: ¿en qué sentido considera Vasconcelos la actividad de escribir? ¿Tenía algún método preciso para llevarla a cabo? Como ocurre a menudo con este autor, las contradicciones emergen cuando el crítico trata de dar respuestas contundentes. Por un lado, en *El desastre*, Vasconcelos confiesa que rara vez hace un apunte, y si lo hace, lo pierde o no lo aprovecha: está convencido de que basta el material que retiene espontáneamente la memoria, pues lo que trae el olvido por lo común está bien perdido; por otra parte, en *La tormenta*, admite que al escribir su *Prometeo vencedor* se levantaba a las dos de la mañana para “apuntar alguna frase que podía perderse”. Como vemos, es difícil determinar cuál era el método de este prolífico escritor. Pero eso, finalmente, es lo de menos. ¿Qué sentido individual tiene la escritura, el acto de escribir? En su ensayo “Libros que leo sentado y libros que leo de pie” afirma que “pensar es la más intensa y fecunda función de la vida; pero bajar del pensamiento a la tarea dudosa de escribirlo, mengua el orgullo y denota insuficiencia espiritual”. Escribir libros es entonces un “triste consuelo de la no adaptación a la vida”. Escribir, sin embargo, es también desconfiar de que la idea viva si no se le anota, apreciación que Vasconcelos reelaborará, por ejemplo, en “El fusilado”, donde se aclara que las ideas no pertenecen a nadie, y si no se las anota, de cualquier modo a otro se le ocurrirán después.

8. De 1929 a los últimos años

EN julio de 1924, José Vasconcelos abandona la Secretaría de Educación Pública. Se postula como candidato a gobernador de Oaxaca. No gana. Funda *La antorcha*, que deja en manos de Samuel Ramos cuando viaja a España en 1925. Desde el exilio envía artículos a *El universal* y *La antorcha*. En España, al ser entrevistado, declara: “El día que los pueblos hispánicos gasten más en maestros y menos en soldados, comenzaremos a salir de nuestra decadencia [...] Acabo de ver una placa que recuerda el lugar en que estuvo preso Cervantes; tal es el ritmo de nuestra historia: en la cárcel el genio, y en el poder, los imbéciles”. Más adelante, rompe con los republicanos españoles cuando éstos apoyan a Calles. Trabaja luego como profesor en la Universidad de Chicago, donde imparte la cátedra de sociología hispanoamericana.

La candidatura de Vasconcelos en 1929 emerge cuando, tras la muerte de Obregón a manos de León Toral, se abre la posibilidad de la democracia para un país ya cansado de tanto conflicto socio-político.⁶⁰ Durante el régimen callista y después del asesinato de Obregón, Vasconcelos da un viraje en su percepción del Estado. Si como secretario de Educación Pública había tratado de conciliar, de proponer —como afirma Gomezjara— “una alianza entre Estado, masas campesinas-obreras e intelectuales y artistas”, además de recuperar el mestizaje y la cultura popular, durante su campaña de 1929

será uno de los críticos más feroces del Estado emergente. Cuando capta, comprende e intuye al mismo tiempo, el resurgimiento de un Estado autoritario-absorbente en el país, lanzará una requisitoria de corte sociológico, convirtiéndose en el primer sociólogo de México capaz de hacer la crítica más hiriente y desmitificadora a un Estado que se hace pasar por revolucionario, siendo por el contrario, cada vez más despótico y antidemocrático.⁶¹

El pedagogo Edgar Llinás califica la visión ideológica de Vasconcelos como un “liberalismo democrático planificado”,⁶² visión que adopta durante la época en que apoyó a Francisco I. Madero, pero también durante su campaña por la presidencia, en 1929. En cuanto a su actuación política, Vasconcelos confiesa —en 1959— que actuó como un “cristiano tolstoiano”.⁶³

El proconsulado, cuarto y último tomo de las *Memorias*, recoge las experiencias que se inician con la campaña de Vasconcelos y su derrota hasta el final de su exilio en España. El título se refiere al procónsul norteamericano Morrow. En 1928 se designa a Emilio Portes Gil como presidente (sustituto de Obregón). La campaña vasconcelista se lleva a cabo en 1929, año en que surge el Partido Nacional Revolucionario (P R). En *El proconsulado* podemos leer también la crónica de la campaña política de Vasconcelos escrita por Antonieta Rivas Mercado, que en el libro aparece con el nombre de Valeria.

Tanto Portes Gil como Pascual Ortiz Rubio son retratados como peleles, muñecos de Plutarco Elías Calles. En un volante de la época se lee: “Si es usted hombre libre y consciente / elija a Vasconcelos para presidente. / Y si usted es animal / vote por Pascual”. En *El proconsu-*

⁶⁰ A este respecto, véase Jean Meyer, “Prólogo” a *El proconsulado*. México, Trillas, 1998, p. 6

⁶¹ Gomezjara, “Hacia una sociología de la sociología vasconceliana” [n. 34], p. 125.

⁶² Llinás, “Vasconcelos como promotor de una educación liberadora” [n. 31], p. 176.

⁶³ Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana* [n.2], p. 41.

lado Vasconcelos adopta la imagen prehispánica de Quetzalcóatl e insiste en que la pretensión de los Estados Unidos en México es borrar toda huella española. El embajador Morrow es como una *sombra* que aprueba o desaprueba todos los actos del gobierno. Sospecho, en este sentido, un influjo positivo de *La sombra del caudillo*, de Guzmán, libro que Vasconcelos cita en diversas ocasiones y al que, en un artículo publicado en *Todo*, se llega a referir como “la más fuerte, la mejor novela mexicana”.⁶⁴

Según Antonieta Rivas Mercado, el único enemigo en 1929 era Estados Unidos. Hubo de hecho un intento de asesinar a Vasconcelos, que, según el autor, aterrorizó a la población, mató el entusiasmo y suspendió mítines vasconcelistas. El candidato le escribe un telegrama a Portes Gil: “No le comunico los nombres de los asaltantes, que son aquí conocidos, porque no quiero dar lugar a que sean ascendidos en sus grados”. Más adelante, describe la matanza que hubo después de un mitin: un coche con placas oficiales abrió fuego sobre la masa (hombres, mujeres y niños) con ametralladoras. Es notorio el régimen de terror y el autoritarismo creado y propagado por el Partido Nacional Revolucionario (PNR), fundado por Calles en 1929. Hasta en la universidad se desplazaba la sombra del procónsul Morrow, quien hizo en México, según Vasconcelos, todo lo que quiso. Como no es de extrañarse, se declara electo presidente a Pascual Ortiz Rubio, que empieza a gobernar en 1930.

Ante esta situación, el 1º de diciembre Vasconcelos firma el llamado “Plan de Guaymas”, cuyo primer artículo dice: “Se declara que no hay en la República más autoridad legítima, por el momento, que el C. Lic. José Vasconcelos, electo por el pueblo, en los comicios del 17 de noviembre de 1929, para la presidencia de la República”. Al final, se aclara: “El presidente electo se dirige ahora al extranjero, pero volverá al país a hacerse cargo directo del mando tan pronto como haya un

⁶⁴ En 1949, José Vasconcelos lanzará algunos “zarpazos” a Alfonso Reyes, asegurando que prefiere la obra de Guzmán “porque Martín Luis dice más cosas” y “se compromete”, a lo que don Alfonso contesta que en realidad Vasconcelos quiso decir que Guzmán “trata de más asuntos referentes a las actualidades políticas mexicanas, asuntos que de preferencia le interesan a José [...] Yo me comprometo con lo mío, con lo que me incumbe y, como alguna vez lo he escrito, preferiría no morir de guerra ajena, de bala perdida”. Reyes llegará a aludir, con ironía, a la moda de hablar de los “Tres Compadres” (Vasconcelos, Guzmán y él), sobre todo cuando el autor del *Ulises criollo* —sin conocer, desde hacía mucho tiempo, la obra de Reyes— había declarado que éste no es escritor de ideas, mientras que Guzmán sí, cosa que evidentemente molestó a Reyes. En su entrevista con Carballo, Vasconcelos dice de Reyes que es “un típico hombre de letras [...] Es un supercrítico, algo más que crítico”. *Protagonistas de la literatura mexicana* [n. 2], p. 26.

grupo de hombres libres armados, que estén en condiciones de hacerme respetar". Pero luego vendrá la famosa masacre de Topilejo. El autor de las *Memorias* se queja de la publicidad que se le ha hecho a la matanza de Huitzilac, donde murió Francisco Serrano, quien, según él, defendía una causa turbia y, en cambio pocos recuerdan la matanza de los vasconcelistas en Topilejo, pueblo situado en Tlalpan, al sur de México, cerca del Ajusco.

Más adelante, Vasconcelos describe la situación de Valeria (Antonietta Rivas Mercado): "Sus asuntos económicos se hallaban embrollados. Malos negocios en compañía de asociados torpes o de mala fe, hipotecas ruinosas, para obtener efectivo de inmediato" etc. Valeria es retratada como derrochadora e imprevisora, negada para el sentido del dinero. En páginas posteriores, describe el autor su viaje por Sudamérica, así como una conversación que mantuvo con Valeria, en la que ella le confiesa que se suicidará: "He decidido matarme para no estorbarle a mi hijo". Vasconcelos trata de disuadirla de que no lo haga e intenta acompañarla, pero finalmente ella se da un balazo en la catedral de Notre Dame en París. El filósofo la evoca en diversas ocasiones; por ejemplo, en su artículo "El amargado", recogido en *¿Qué es la Revolución?*, afirma, sin nombrarla: "Temerosa, quizá, de claudicar, y no permitiéndole su noble índole ninguna deslealtad, prefirió adelantarse hacia el refugio de la muerte. Su pérdida me dejó desgarrado, pero no amargado". Para Fabienne Bradu, biógrafa de Antonietta:

Hacia el final de su vida, al redactar sus memorias, Vasconcelos matizó el desgarramiento con la extraña ufanía del amante que acepta, resignado y halagado, el sacrificio de la persona amada. En su mitología personal, la estorbosa y carnal Antonietta se convirtió en la heroica "Valeria", símbolo de la patria derrotada. Poco antes de morir, revivió una vez más a su Valeria en una excursión imaginaria al Purgatorio que describió en su último libro *La flama*.⁶⁴

Para concluir *El proconsulado*, su autor habla, entre otros temas, de su papel como director de la nueva edición de la revista *La antorcha* (publicada antes en 1924-1925); caricaturiza al español Manuel Azaña como un presidente de segunda; describe a Martín Luis Guzmán como el "niño mimado de la República Española"; se refiere a su viaje por España y se despidе. *El proconsulado* se publica en 1939, año en que

⁶⁴ Fabienne Bradu, *Antonietta (1900-1931)*, México, FCE, 1991, p. 234.

su autor vuelve a México (por Sonora), después de un largo destierro. Escribe sus tomos autobiográficos “para incitar al pueblo contra el gobierno. Me creyeron un payaso. Escribir es hacer justicia. No quería séquito literario, quería gente armada”.⁶⁶ De 1940 a 1947 funge como director de la Biblioteca Nacional de México. Asimismo, en 1940 se convierte en uno de los propagandistas del fascismo.

Treinta y un años después, en 1971, Itzhak Bar-Lewaw rescató las colaboraciones vasconcelistas de la revista nazi *Timón*, publicada entre el 22 de febrero y el 15 de junio de 1940. El antiguo estudioso de Vasconcelos se sintió “entristecido”⁶⁷ por dichas colaboraciones, de las que el mismo Vasconcelos calló hasta su muerte. No obstante, durante ese breve periodo “nazi”, que sin duda contradice algunos aspectos del pensamiento de Vasconcelos en contra de las supuestas razas “puras”, el escritor mantuvo otras actividades, especialmente como colaborador de la revista *Todo* (1933), publicación semanal en la que también hay artículos firmados por otros antiguos miembros del Ateneo de la Juventud, como Alfonso Reyes, Genaro Fernández McGregor, Nemesio García Naranjo, Luis Cabrera y Antonio Caso.⁶⁸ El llamado “Maestro de América” colaboró en *Todo* durante varios años con una gran cantidad de textos sobre política nacional e internacional, ensayos de índole literaria, social, moral, filosófica y artística, así como con artículos de crítica literaria —por ejemplo, allí publicó una de las primeras reseñas críticas sobre *El Señor Presidente*, de Miguel Ángel Asturias, un año antes de que esta novela fuera publicada por Gonzalo Losada en Argentina; es decir, cuando apenas se había publicado en México en una edición privada de Costa-Amic.

En cierto sentido, Vasconcelos llevó durante un tiempo una doble vida que hasta hoy no ha sido revelada por la crítica: por un lado, como director de la revista nazi *Timón*; por otro, como colaborador asiduo de *Todo*, aparentemente *antinazi*, aunque en el fondo de extrema

⁶⁶ Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana* [n. 2], p. 21. En este mismo libro, cuando Carballo le pregunta su opinión sobre el pueblo mexicano en las actuales circunstancias (1959), Vasconcelos responde: “Es un pueblo formado por una inmensa mayoría de cobardes” (p. 40).

⁶⁷ Itzhak Bar-Lewaw Mulstook, prólogo, notas y comentarios, *La revista Timón y José Vasconcelos*. México, Edimex, 1971, p. 7.

⁶⁸ Hay un par de cartas de Alfonso Reyes a Vasconcelos en las que se refiere a artículos de este último aparecidos en *Todo*, como, por ejemplo, el que Vasconcelos le dedica a Rodolfo Reyes, hermano de Alfonso. Véase *La amistad en el dolor*, Correspondencia entre José Vasconcelos y Alfonso Reyes (1916-1959), compilación y notas de Claude Fell. México, El Colegio Nacional, 1995, pp. 92ss.

derecha. El conservadurismo teñido de autoritarismo fue la tónica del último Vasconcelos. En 1954, en una entrevista reproducida en el libro *En el ocaso de mi vida*, admira al español José Antonio Primo de Rivera, quien fuera fundador de la Falange en 1936.

Uno de sus últimos libros, *Letanias del atardecer* (1959), de extrema religiosidad, es producto de un hombre viejo y deseoso de salvar su alma y comunicarse con Dios. Aquí, más allá de lo apolíneo y lo dionisiaco, sostiene que sólo alcanzando lo místico se puede llegar a la plenitud, a la realización humana. Nunca antes asumió su papel de "profeta" con tanta seriedad. Si en su juventud reivindicó el erotismo y la pasión, si se dejó influir por Gorki y el socialismo educativo, en las últimas etapas de su vida cambió de signo. Como afirma Gomezjara: "Empezó y gozó burlando la imagen de la familia y otros convencionalismos estrechos, hasta reconciliarse con la teología y el fascismo. Pocos en México han saltado entre los dos polos más opuestos".⁶⁹

En un discurso de agosto de 1945, declaró: "Las universidades de todo el mundo sienten esta necesidad contemporánea de volver a los clásicos y de volver a la religión cristiana".⁷⁰ He ahí uno de los pruritos de su generación: el regreso a los clásicos y el renacimiento de un espiritualismo que había sido minado por el pensamiento positivista, pero también el retorno a la religiosidad cristiana, aspecto del que difiere con otros miembros de su generación. Es difícil imaginar, por ejemplo, a un Alfonso Reyes (con una visión de la vida y unos intereses más "paganos" que cristianos) y mucho menos al liberal Martín Luis Guzmán, aconsejar un retorno tajante a la religiosidad cristiana, aunque no, ciertamente, a los clásicos.⁷¹

⁶⁹ Gomezjara, "Hacia una sociología de la sociología vasconceliana" [n. 34], p. 116.

⁷⁰ "Apoetéosico recibimiento prodigado en Oaxaca al ilustre pensador y filósofo oaxaqueño Lic. José Vasconcelos", en *Oaxaca. Órgano mensual de cultura popular*, tomo I, núm. 4 (agosto de 1945).

⁷¹ En cuanto al autor de *La sombra del caudillo*, cabe señalar, por ejemplo, que a raíz del aniversario de la coronación de la Virgen de Guadalupe, el 16 de octubre de 1945 publica, en su revista *Tiempo* el artículo "Semana de idolatría", donde, entre otras cosas, afirma: "El catolicismo niega la libertad de pensamiento, niega el libre examen y exige del hombre actitudes espirituales tan humillantes como la de consentir y tener fe en dogmas absurdos y la de aceptar prácticas destructoras de la personalidad humana, como la confesión auricular y la intromisión del sacerdote, supuesto representante de Dios, en la vida íntima de la familia". Guzmán, *Obras completas* [n. 43], vol. II, p. 921. Este artículo propició que su casa fuera apedreada por fanáticos guadalupanos. En su entrevista con Carballo, Vasconcelos se queja: "Lástima que [Guzmán] sea masón", *Protagonistas de la literatura mexicana* [n. 2], p. 27.

Vasconcelos cree en lo que él considera valores eternos; apuesta por lo clásico. A pesar de ello, en su libro *En el ocaso de mi vida*, escribe algo con lo que concluyo este ensayo. Cito textualmente: “Todo lo que sabemos es relativo y sólo hay una gran verdad: la realidad de nuestra conciencia múltiple en sus intuiciones y el misterio que penetra nuestra alma y el universo”.